Star Wars
Aprendiz de Jedi

Volumen 15: Muere la esperanza

Jude Watson

Capítulo 1

Obi-Wan no dejó de mirar a su Maestro, Qui-Gon Jinn. No le gustaba romper su concentración, pero estaba impaciente por saber lo que le rondaba por la mente.

Estaban sentados en una sala de espera elegante, no muy grande, en la residencia del Gobernador Supremo de Nuevo Ápso-lon. Un sable láser yacía en la mesa auxiliar junto a Qui-Gon, que lo miraba fijamente. Cada pocos minutos cogía la empuñadura y la sostenía en la mano. En algún momento llegó a activarla, perdiéndose en el resplandor zafiro. Luego la desactivaba y, aún empuñando la espada, se levantaba para pasear por la sala. Al cabo de un momento se daba la vuelta de repente, volvía a dejar el sable, dando un golpe en la mesa, y se sentaba de nuevo.

El proceso se había repetido ya unas cuantas veces.

Obi-Wan estaba seguro de que su Maestro estaba formulando un plan. La Jedi Tahl había sido secuestrada. Ellos sabían por quién...: Balog, el Controlador en Jefe de Seguridad de Nuevo Ápsolon, pero no sabían por qué, ni adonde se la había llevado. Tahl no había dejado ninguna pista.

Obi-Wan también estaba intentando pensar en cuál era la mejor forma de actuar, pero no había avanzado mucho. Ambos dudaban de que Balog estuviera actuando en solitario, pero no sabían quién podía estar asociado con él. Con aire tranquilo, Obi-Wan esperaba a que Qui-Gon terminara su sesión estratégica interior. Ya lo había experimentado otras veces. Su Maestro se daría la vuelta y le miraría a los ojos. Su mirada sería fija y centrada. Y describiría sucintamente la mejor forma de proceder.

Qui-Gon se giró por fin.

—Debería haber ido a la reunión con ella —dijo tristemente.

Sorprendido, Obi-Wan sólo pudo negar con la cabeza. Qui-Gon jamás perdía el tiempo con lo que "deberían" haber hecho.

—Pero Balog nos dijo que sólo podía asistir un Jedi.

—Debería haberla obligado a abandonar el planeta cuando nos dimos cuenta de que su identidad había sido descubierta.

Tahl había actuado en la clandestinidad, haciéndose pasar por una de los Absolutos, la policía secreta de Nuevo Ápsolon, que ahora se había ¿legalizado. Aun así, no se habían disuelto y habían seguido reuniéndose en secreto, acumulando más poder con el paso de los años.

—Pero ella jamás se hubiera ido —Obi-Wan habló pacientemente. No estaba diciendo a Qui-Gon nada que su Maestro no supiera—. Tenemos que contactar con el Templo. Enviarán ayuda.

—De momento no —el tono de Qui-Gon era firme—. Ahora sabemos que hay muchos que odian a los Jedi y desconfían de ellos. Si vienen más Jedi nos resultará más difícil encontrar contactos que nos ayuden. Sobre todo entre los Obreros.

—Pero hay una Jedi desaparecida —dijo Obi-Wan—. Es nuestro deber informar al Consejo.

—Y así lo haremos —le dijo Qui-Gon—, pero primero necesitamos veinticuatro horas. La encontraremos, Obi-Wan. Puedo "sentirla". Sé que está viva. Y sé que encontrará la forma de ayudarnos cuando encontremos su rastro —Qui-Gon volvió a caminar de un lado a otro—. Deberíamos volver a hablar con el ayudante de Balog.

—Ya hemos hablado dos veces con él—le dijo Obi-Wan lentamente—. Ambos sabemos que no tiene nada más que decir.

Sería un poco raro decir a su Maestro que se centrara, porque era algo que Qui-Gon solía decirle a él. Pero a Obi-Wan le dio la impresión de que Qui-Gon tenía que tomárselo con calma. Los pensamientos de su Maestro daban vueltas en torno a algo que no le llevaría a ninguna parte. Obi-Wan podía verlo claramente, porque el propio Qui-Gon le había enseñado a pensar con calma en mitad del pánico, a encontrar la salida.

Y Qui-Gon lo sabía. ¿Por qué no lo ponía en práctica?

Obi-Wan veía la angustia y la desesperación en el rostro de su Maestro, y también algo que le costó un momento reconocer: indecisión. Obi-Wan, sorprendido, se dio cuenta de que Qui-Gon no sabía qué hacer. Y Qui-Gon siempre sabía lo que había que hacer.

Obi-Wan decidió emplear el método de Qui-Gon para ayudar a concentrarse. *Si no sabes hacia dónde ir, repasa lo que sabes.*

—Esto es lo que sabemos —comenzó Obi-Wan, aunque sabía que Qui-Gon sólo le escuchaba a medias. Empezaba a preocuparse por su Maestro, y eso distraía su atención de la tarea que les ocupaba—. Hay dos facciones luchando por el poder en Nuevo Ápsolon: los Obreros y los Civilizados. El Gobierno está fragmentado. Antes de que llegáramos a Nuevo Ápsolon, el Gobernador Supremo, Ewane, fue asesinado. Él era un Obrero que estuvo encarcelado durante varios años por los Absolutos. Después de su muerte, su fiel aliado, Roan, fue elegido. Aunque Roan era un Civilizado, había luchado por los Obreros para que tuvieran derechos completos como ciudadanos de Nuevo Ápsolon. Acogió a las gemelas de Ewane, Alani y Eritha; pero ellas seguían temiendo por sus vidas y contactaron con los Jedi para poder salir del planeta.

Qui-Gon se agitó, impaciente.

—Todo eso ya lo sabemos, Obi-Wan.

Obi-Wan siempre se mostraba impaciente cuando Qui-Gon le repetía las cosas. Pero Qui-Gon siempre ignoraba su impaciencia y continuaba hablando. Y ahora le tocaba a Obi-Wan continuar.

—Tahl llegó sola al planeta y se infiltró en los Absolutos disueltos, que seguían realizando operaciones clandestinas. Cuando llegamos, Alani y Eritha habían sido secuestradas. Roan desapareció para pagar la recompensa y fue asesinado. Poco después, las gemelas fueron liberadas, lo que nos hizo pensar que Roan había sido el verdadero objetivo durante todo ese tiempo. La identidad Jedi de Tahl fue descubierta, pero consiguió escapar.

Capítulo 2

Había sido una época de gran confusión para Qui-Gon. Como si la temperatura de su cuerpo hubiese aumentado, como si tuviera una fiebre constante. Había estado inquieto e irritable. La meditación profunda había sido difícil de mantener. Cansado de esperar una misión que le distrajera, se había llevado a Obi-Wan a una excursión de supervivencia a Ragoon-6, esperando que la disciplina calmara su cuerpo y su mente. Pero no fue así.

Tuvo la primera visión en Ragoon-6. Vio a Tahl en apuros. En su visión, él la cogía en brazos. Su cuerpo era sumamente frágil. Y él sentía impotencia y miedo.

Cuando regresó al Templo, ansioso por reencontrarse con ella, descubrió que Tahl estaba a punto de marchar en misión a Nuevo Apsolon. Qui-Gon no podía interferir. Pero cuando ella se fue, él volvió a tener aquella inquietante visión. Y supo que ella corría peligro, que le necesitaría. Y sabía que ella se resistiría a pedir ayuda.

Y Qui-Gon no necesitaba que Yoda le dijera que las visiones no podían servir como orientación para actuar. No escuchó al Consejo cuando le advirtieron que esperara. Fue a Nuevo Apsolon, arrastrado por un impulso que no podía entender. Tenía que seguirla.

Pero lo más importante no había quedado claro. ¿Por qué habían llegado a él las visiones de Tahl en peligro? ¿Por qué le habían perseguido, le habían arrastrado? ¿Por qué, de repente, la visión de ella le resultaba a la vez irritante y tranquilizadora?

Entonces, en un momento cegador, recibió la respuesta. Sintió una impresión tan profunda que fue como si su cuerpo no la pudiera contener. Se dio cuenta de que no sólo era un Jedi, sino un hombre. Y aquella fiebre constante era Tahl.

El valor era algo en lo que un Jedi no pensaba. Era simplemente la voluntad de hacer las cosas bien. Era la disciplina de seguir adelante. Qui-Gon nunca tuvo que hacerlo como un esfuerzo consciente: siempre había estado ahí, listo para él. Pero le abandonó cuando pidió hablar con Tahl a solas.

Y abrió su corazón como sólo un hombre tranquilo sabe hacerlo. Empleó pocas palabras. El tiempo que ella tardó en responder pareció interminable. Entonces dio un paso adelante, le tomó de la mano y le juró su amor. Tendrían una única vida, juntos, dijo ella.

Qué lección tan impresionante, pensó Qui-Gon, aprender que la felicidad es algo tan sencillo. Emanaba sólo de una única fuente. Ella dijo que sí. Ella dijo que sí.

***

Mientras recorrían la corta distancia que les separaba del museo, Qui-Gon tuvo que esforzarse mucho para recordar su entrenamiento Jedi. Sabía que su padawan estaba preocupado por su comportamiento. Era cierto que, por primera vez desde que era un joven estudiante del Templo, le costaba concentrarse.

En mitad de cada batalla, de cada problema, Qui-Gon siempre había sido capaz de encontrar su centro de paz. Y ahora intentó hallarlo, pero no estaba. En su lugar había un núcleo de caos turbulento, iracundo, alimentado por su culpa y su temor.

Y aquél era uno de esos momentos en los que tenía que operar con máxima eficiencia. En aquel momento tenía que actuar con plena concentración.

El miedo gélido que sentía en su interior no sólo era por Tahl. También tenía miedo de sus dudas.

Nunca había estado tan perdido porque nunca se había sentido así antes. Hacía unas horas, Tahl y él se habían jurado amor eterno. La emoción y la necesidad les había cogido a ambos por sorpresa. Una vez lo aceptaron, les pareció lo más normal del mundo. Qui-Gon estaba asombrado por haber descubierto que había una persona que le importaba más que cualquier otra cosa en la galaxia.

Y ahora la había perdido.

—¿Qui-Gon?

Obi-Wan le sacó bruscamente de su ensimismamiento. Vio que se habían detenido frente a las grandes puertas dobles del museo.

—El museo está cerrado —dijo Obi-Wan—. Es demasiado pronto.

—Abrirá dentro de quince minutos. Seguro que los guías ya están aquí.

El museo fue construido poco después de que el Gobierno de Ápsolon se reorganizara y el planeta se rebautizara como Nuevo Ápsolon. Como muestra de buena voluntad, el Gobierno abrió al público las puertas del odiado cuartel de los Absolutos, para que la gente pudiera entrar con toda libertad y conocer los horrores que se habían llevado a cabo allí. En opinión de los líderes, era una forma de impedir que se repitiera. Se reveló la identidad de aquellos que fueron víctimas de la represión de los Absolutos, y se les dio trabajo como guías del complejo. Y así fue cómo los Jedi habían conocido a Irini.

Qui-Gon pulsó, el timbre. Lo escuchó resonando en el interior. No vino nadie.

Aporreó la puerta. No podía esperar quince minutos. No podía esperar ni un segundo más de lo necesario.

La puerta se abrió y apareció Irini con su uniforme de guía. La joven miró con expresión de enfado a los Jedi.

—El museo aún no está abierto.

—Ya lo sabemos —dijo Qui-Gon, entrando.

—Esto es un agravio —dijo Irini—. Yo acudí a vosotros para suministraros información sobre la muerte de Roan. Confié en vosotros. Lo siguiente que supe fue que os habíais escapado, y luego los guardias de seguridad me echaron de la residencia del Gobernador.

—Balog ha secuestrado a Tahl —le dijo Qui-Gon, esforzándose por mantener el tono firme.

Irini dio un respingo. Después, tras un visible esfuerzo, su rostro retomó su máscara inexpresiva. Su voz se endureció.

—Entiendo —dijo al cabo de un momento—. Así que el traidor a nuestra causa es Balog. El está detrás del secuestro de las gemelas y del asesinato de Roan.

A pesar del control de Irini, Qui-Gon se dio cuenta de que saber aquello le había afectado profundamente.

—Será un formidable enemigo —murmuró ella.

—Lo único que sabemos es que Balog secuestró a Tahl —dijo Obi-Wan—. No sabemos por qué.

—Necesitamos una sonda robot —dijo Qui-Gon—. Es la forma más rápida de localizar a Balog. Alani nos dijo que se lo pidiéramos a Lenz.

—Lenz no me informa de sus movimientos —dijo Irini bruscamente—. No soy su niñera.

Qui-Gon sintió que su impaciencia crecía por momentos. Cada minuto que pasaba alejaba más a Tahl de él, y enfriaba su rastro. Irini les cerraba el paso.

El la contempló un momento. Irini llevaba una túnica azul abotonada hasta el cuello, y el pelo engominado y peinado hacia atrás. En sus ojos no había ni un asomo de calidez. Estaba dedicada a la causa de los Obreros, y pensaba que los Jedi simpatizaban con la facción de los Civilizados. Qui-Gon sabía por experiencia lo seria y difícil que podía ser Irini. Pero no iba a marcharse de allí hasta que consiguiera lo que quería.

Ella vio algo en sus ojos y se dio la vuelta rápidamente.

—Tengo que trabajar —dijo.

—No —la voz de Qui-Gon era suave, pero ella se quedó clavada en el suelo. El Maestro Jedi se dijo a sí mismo que tenía que ir despacio. Irini no respondería ante amenazas o intimidaciones. Se opondría de forma obstinada.

—Hace unas horas viniste a ofrecernos información —dijo él—. Confiaste en nosotros. Nosotros confiamos en tu información.

—Vuestra Jedi ha sido secuestrada —dijo Irini con la cabeza mirando hacia otro lado y la voz ahogada—. Lo siento mucho, pero no es asunto mío. Es un tema Jedi. Pero sí sé que los Absolutos no se toman nada bien la traición.

—¿Cómo sabes que Tahl se infiltró en los Absolutos? —preguntó Qui-Gon rápidamente. Dio tres pasos al frente para poder verle la cara a ella—. ¿Y por qué piensas que tienen algo que ver con su secuestro?

Ella alzó la barbilla, desafiante.

—¿Y eso qué importa? No estamos en el mismo lado, Jedi.

—Yo creo que sí —dijo Obi-Wan—. Tú estás en contra de los Absolutos. Si ellos secuestraron a Tahl, quizás ella sepa cosas que a ti te interesen.

Lo que decía Obi-Wan tenía lógica, pero Qui-Gon pensó que a Irini le daría igual. Y, aun así, algo en las palabras de su padawan hizo que ella se detuviera y les mirara fijamente.

—Quizá pueda encontrar a Lenz —dijo reticente.

—Entonces vamonos —dijo Qui-Gon con firmeza. Tenía que seguir presionando. Tenía que eliminar sus peores temores con algo de acción.

***

El primer vistazo que tuvieron de Lenz había sido fugaz, pero Qui-Gon le recordaba bien. No tenía un rostro fácil de olvidar. Había sido marcado por el sufrimiento y la enfermedad, pero tenía nobleza y fuerza. Su cuerpo estaba debilitado, pero su alma seguía emanando mucha fortaleza. Quizá no destacara entre una multitud, pero Qui-Gon supo a primera vista que tenía madera de líder.

Allí estaba Lenz, mientras Irini guiaba a los Jedi hacia una pequeña sala en la sección Obrera de la ciudad. Irini había avisado a Lenz por el intercomunicador de que estaban en camino, y por qué.

Lenz miró a Irini, interrogante.

—¿Ahora confías en los Jedi? ¿Qué ha pasado?

—En algo tienen razón —dijo Irini—. Ellos tienen más posibilidades de encontrar a Tahl. Si Balog nos traicionó por los Absolutos, tenemos que saberlo.

Lenz miró fijamente a Irini y asintió con lentitud.

—Es posible.

Con los nervios alerta, Qui-Gon percibió algo entre Irini y Lenz. Había sido un intercambio mudo de información. Se dio cuenta de que ambos se conocían muy bien. Lo suficiente como para hablar sin palabras, como hacían su padawan y él.

—Irini me ha contado que queréis una sonda robot —dijo Lenz.

Obi-Wan asintió.

—Alani nos dijo que nos ayudarías.

Lenz esbozó una sonrisa.

—Cuando Irini o Alani me piden que haga algo no me queda otra opción que hacerlo —les indicó que se sentaran en una abollada mesa metálica—. He de advertiros que corremos el

riesgo de ser arrestados. Desde el asesinato de Roan, el Gobierno ha arremetido contra los que dirigen el mercado negro. El poder se les escapa de las manos, y piensan que una demostración del mismo les salvará. La Legislatura Unida está sumida en un conflicto para nombrar al sucesor de Roan.

—Muchos Obreros piensan que es hora de entrar en acción —dijo Irini—. Y los hay que quieren que llevemos a cabo otra campaña de sabotaje industrial para obtener lo que queremos. Obvia-mente, nosotros buscamos que un Obrero obtenga el puesto de Gobernador Supremo; pero Lenz y yo debemos ser cautelosos. Si emprendemos otra campaña de sabotaje, perderemos el apoyo que tenemos entre los Civilizados. Funcionó en su momento, pero no creemos que vuelva a ser así. No queremos provocar agitación social.

—Aunque estemos cerca de hacerlo —dijo Lenz.

—¿Creéis que Balog es un Absoluto? —preguntó Obi-Wan.

Lenz e Irini intercambiaron una mirada.

—Nació Obrero —dijo Irini, vacilante—. Y estaba muy cercano a Ewane, el gran líder Obrero...

—Pero sí, creemos que su lealtad ha cambiado —dijo Lenz en tono sombrío—. Cuando nos contasteis que había secuestrado a Tahl, todo encajó. Es bastante probable que lleve trabajando para los Absolutos desde hace tiempo. Por eso secuestró a Alani y Eritha. Siempre tuvo en mente liberarlas... Su verdadero objetivo era Roan.

—Así que atrajo a Roan con la excusa del rescate —dijo Obi-Wan—. Y entonces lo mató.

Qui-Gon recordó la demostración de dolor por parte de Balog cuando encontraron el cadáver de Roan. Balog era un gran actor. Sí, debía de serlo para haber estado compinchado con los Absolutos durante todo ese tiempo.

—Hay una cosa que me asombra —dijo Qui-Gon—. Puede que Balog sea el jefe de seguridad, pero no es rival para Tahl. Ni siquiera sin su sable láser. ¿Cómo pudo dominarla?

—Los Absolutos solían emplear una droga paralizadora —dijo Irini—. Sigues consciente, pero te deja inmovilizado. Es fácil de administrar. Si ella le dio la espalda en algún momento...

—¿Esa droga es peligrosa? —preguntó Qui-Gon, aunque le daba miedo la respuesta.

—No, si se trata de una única dosis —dijo Lenz—. O dos. El problema es que desgasta mucho, y si se utiliza varias veces en un corto periodo de tiempo puede provocar daños permanentes. El deterioro muscular es un efecto secundario —Lenz se señaló a sí mismo—. Como podéis ver.

—Lenz tuvo suerte —añadió Irini tranquilamente—. La droga puede producir daños permanentes en los órganos internos, que se quedan totalmente inutilizados en poco tiempo. Hubo muchos que... —su voz se fue apagando, y su rostro se encendió.

Me está diciendo que quizá Tahl haya muerto. Qui-Gon se apretó las manos con fuerza bajo la mesa. Pensar en Tahl indefensa, con la mente activa pero el cuerpo deteriorado, le hizo desear destrozar la habitación.

Volvió a tener la visión que le había empujado hasta Nuevo Apsolon. Tahl débil, con los músculos de las piernas incapaces de sostenerla. Se apoyaba en él, con la mano agarrándole la nuca. *Es demasiado tarde para mí, querido amigo...*

—Nos estáis ocultando algo —dijo Qui-Gon, mirando directamente a Irini, y luego a Lenz—. ¿Qué es?

—Nada —respondió Irini—. Hemos accedido a ayudaros para encontrar una sonda robot...

—Pero hay algo sobre el secuestro que vosotros sabéis y nosotros no —dijo Qui-Gon, y su tono se hizo más iracundo—. Admitís que tenemos más posibilidades de encontrar a Tahl. Dadnos toda la información que necesitemos, y las posibilidades serán todavía más —se inclinó hacia delante. Había llegado el momento de ejercer un poco de intimidación. No le gustaba hacerlo, pero su impaciencia había hecho efecto. Necesitaba actuar, y aquellas personas no iban a impedirle avanzar—. Os recuerdo que no es buena idea interponerse en el camino de los Jedi.

Obi-Wan se sumó a su apremio.

—Hemos perdido a una de los nuestros —dijo—. Eso es algo realmente serio.

La doble amenaza de los Jedi pareció sorprender a Lenz.

—No es algo que sepamos. Es algo que sospechamos.

—Lenz...

—No, Irini. Tienen razón. Deberían saberlo —Lenz la hizo callar con una mirada, y volvió a centrar su atención en los Jedi —. Sabemos que los Absolutos empleaban informadores secretos cuando estuvieron en el poder. Hay una lista de los que ejercieron esa tarea. Esa lista ha sido codificada para que no se pueda copiar. Sólo unos pocos miembros del Gobierno conocían su existencia, y son menos los que la han visto. Además, creemos que la mayoría (puede que todos) están muertos. Uno de ellos era Roan. El tenía la lista, pero se la robaron antes de morir. Eso es todo lo que sabemos.

—Al principio pensamos que Balog había conseguido quitársela a Roan —dijo Irini—. Ahora hemos cambiado de opinión. Creemos que fue otra persona.

—Balog debe de estar buscándola —dijo Lenz—. Después de todo, su nombre está en ella. Si eso se descubriera, perdería toda credibilidad entre los Obreros. Sería nuestra palabra contra la de Balog, y eso no bastaría para volver a la gente en su contra. Necesitamos pruebas. Él necesita destruirlas. Creemos que sus ambiciones apuntan incluso más alto que al despacho del Controlador en Jefe de Seguridad. La persona que tiene la lista tiene mucho poder. Él, o ella, será quien decida delatar a los informadores o mantener su identidad en secreto, sobornarles a cambio de silencio o encontrar un héroe que los descubra. Carreras y reputaciones serían destruidas. Se dice que la lista contiene nombres muy relevantes.

—¿Y qué tiene que ver Tahl con todo esto? —preguntó Obi-Wan.

—La lista estuvo en manos de los Absolutos durante un tiempo, y luego desapareció —dijo Irini—. Eso lo sabemos. ¿Y si Balog piensa que Tahl la tiene? Es la única explicación que se me ocurre para que Balog la haya capturado y, aun así, la mantenga con vida.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Si Tahl tuviera la lista, nos lo habría dicho.

—¿Así que no creéis que la tenga? —preguntó Lenz.

—Quizá no sepa que la tiene —supuso Irini—. Quizá sepa dónde encontrarla. Pero simplemente no sabe lo relevante que es.

Aquello era inquietante. Implicaba que Balog podía mantenerla con vida sólo hasta que supiera la verdad. Tahl no tenía esa lista. Cuando Balog lo descubriera, la mataría.

Qui-Gon vio en la cara pálida de Obi-Wan que su padawan había llegado a la misma conclusión. Se puso en pie.

—Si tu teoría es correcta, Balog no tendrá paciencia alguna. Y yo menos. Vamos a por la sonda robot.

Capítulo 3

Lenz e Irini les guiaron hacia las profundidades del sector Obrero, cerca de las afueras de la ciudad. La zona había sido abandonada por los Obreros cuando, a raíz de la elección de Ewane como gobernante, viviendas mejores estuvieron disponibles. Una manzana tras otra, las casas abandonadas mostraban los efectos de la negligencia y el desorden. Edificios a medio demoler se erigían junto a otros intactos, que tenían las ventanas rotas o completamente ausentes. Las calles estaban llenas de escombros, y las pilas de planchas de duracero se amontonaban en las plazas de aparcamiento vacías.

—El Gobierno está planeando derribarlos —dijo Lenz, señalando los edificios devastados—. Los legisladores no se ponen de acuerdo respecto a qué construir aquí, con lo cual el proyecto se ha dejado a medio terminar. Pero se ha convertido en un buen escondite para aquellos que no quieren ser descubiertos. Suele haber redadas de seguridad, así que tenemos que permanecer alerta.

—¿Cómo programaremos la sonda robot para encontrar a Balog? —preguntó Qui-Gon—. No tenemos información completa sobre él. Sabemos que los datos de los Obreros se almacenaban en alguna parte. ¿Quién tiene acceso a ellos?

—Aquí podéis comprar todo lo que necesitéis —dijo Lenz.

Se detuvo delante de un edificio parcialmente demolido y sacó un puntero láser del bolsillo de su túnica. Lo activó y lo hizo parpadear varias veces contra la pared de piedra, siguiendo un patrón. Un sensor oculto en el muro captó la señal y, tras un instante, parpadeó dos veces.

—Podemos entrar —dijo Lenz.

Obi-Wan miró a su Maestro. Le alivió comprobar que Qui-Gon había vuelto a ser él mismo. Lo más probable es que fuera porque habían entrado su Maestro, y también algo más, una desesperación que Obi-Wan no podía comprender; pero, al menos, Qui-Gon había recuperado el control y había encontrado la calma que necesitaba para proceder. Más adelante, cuando Tahl estuviera a salvo, Obi-Wan le preguntaría a su Maestro por qué le

había costado tanto centrarse. A Qui-Gon no le importaría responder. Sabía que Obi-Wan preguntaba sólo por aprender.

Lenz abrió la puerta del edificio. Obi-Wan comprobó que, aunque parecía estar en ruinas, la puerta estaba blindada. Los dispositivos de defensa debían de haberse apagado cuando el sensor dio la respuesta afirmativa.

Una escalera llevaba hacia el piso superior, pero Lenz giró a un lado y entró por una puerta abierta en la pared. Una rampa conducía al piso de abajo.

Lenz e Irini iban en cabeza, y los Jedi les seguían. La rampa sólo estaba iluminada con una lúgubre barra luminosa colgada en la pared. Obi-Wan bajó a zancadas por la rampa preparado para lo que pudiera pasar.

Una figura apareció en la oscuridad.

—Lenz. Llevamos tiempo sin verte por aquí.

—Saludos, Mota. Ya sabes que he prohibido a los Obreros que empleen medios ilegales para obtener nuestros fines —dijo Lenz—. Pero mis amigos necesitan tu ayuda.

El hombre se acercó. Iba vestido con el uniforme que Obi-Wan había visto a muchos Obreros. Llevaba la melena canosa peinada en una coleta, y parecía de complexión fuerte. Tenía dos pistolas láser enfundadas en el cinto.

—Debéis de ser Jedi —dijo él, aunque Obi-Wan y Qui-Gon iban vestidos con ropas de viaje espacial—. Jamás pensé que llegaría el día en que los Jedi necesitaran mi ayuda.

—Te agradeceremos cualquier cosa que puedas ofrecernos —dijo Qui-Gon.

—No os equivoquéis. Todo tiene un precio. Sólo tengo una razón para estar en este negocio. Créditos. Yo soy el que corre los riesgos. Podéis hacer autostop por la galaxia, pero yo no os llevaré gratis a ninguna parte.

—Podemos pagar —replicó Qui-Gon, impaciente—. La velocidad de la transacción es más importante que el precio.

—Entonces, vamos a ello.

Mota les guió por un largo pasillo hasta una gran estancia cruzada de un lado a otro por largas mesas de metal, sobre las que se habían dispuesto diversas piezas de mercancía. Había disposi-

tivos de comunicación, algunas armas y varios recambios de equipos técnicos.

—Como puedes ver, no tenemos muchas existencias —dijo Mota.

Lenz clavó en él la mirada.

—Ya se ve. ¿Quién os compra las armas?

La mirada que le devolvió Mota era neutral.

—Cualquiera que tenga créditos. Yo no hago preguntas.

—Necesitamos sondas robot —dijo Qui-Gon.

—Sólo tengo una. Las sondas robot son difíciles de conseguir —Mota avanzó hacia una mesa y cogió una—. Pero ésta está en buen estado. Lista para ser programada.

—También necesitan los datos de un ciudadano —dijo Irini—. Balog.

—¿El Controlador en Jefe de Seguridad? —por fin, Mota dejaba ver en su rostro un asomo de sentimientos: sorpresa. Pero se desvaneció enseguida y volvió a neutralizarse—. Tengo sus datos y puedo programar la sonda, pero os costará más créditos.

—Necesitarán barredores o deslizadores —dijo Lenz.

—Están abajo.

—Vamos a programar primero la sonda —dijo Qui-Gon.

—Claro. Sólo déjame ver los créditos antes —Mota dijo una cifra, y Qui-Gon se puso a contar.

Mota se embolsó la cantidad sin contarla y se volvió hacia la pantalla. Comenzó a acceder a unos archivos.

—En otra época, la información vital de todos los ciudadanos se guardó en los archivos principales de los Absolutos —les dijo Irini en voz baja—. Ahora es ilegal acceder a esos archivos, pero eso no va a detener a Mota. Tener información exacta sobre Balog nos ayudará mucho a seguirlo.

Mota descargó la información al datapad de la sonda robot y la programó. La sonda robot pitó y vibró.

—¿Cuándo queréis activarla? —preguntó Mota.

—Inmediatamente —respondió Qui-Gon con firmeza.

Mota abrió un compartimento cerrado y la sonda robot echó a volar. Mota dio el transmisor a Qui-Gon.

—No te separes de él en ningún momento, así la sonda robot podrá encontrarte. Si la destruyen, el transmisor también te

lo dirá. He programado a la sonda para que realice una búsqueda preliminar. Si no puede encontrar a Balog en la ciudad, localizará su punto de partida.

Qui-Gon asintió y se enganchó el transmisor en el cinturón de utilidades.

—Y ahora veamos esos deslizadores.

Bajaron por otra rampa al piso de abajo. Era un espacio del mismo tamaño y lleno de vehículos de transporte terrestre: deslizadores, barredores, gravitrineos...

—Tenemos un inventario bastante extenso, así que podéis elegir lo que queráis —dijo Mota.

Qui-Gon escogió rápidamente un deslizador y un barredor.

—Necesitaremos un vehículo ágil para al menos uno de nosotros —dijo a Obi-Wan—. El otro tendrá que tener sitio para Tahl —se giró hacia Mota—. ¿Tienen garantía?

—Tienen unos años, pero no te dejarán tirado —dijo Mota —. Mi mercancía es la mejor.

—Me alegra oír eso —dijo Qui-Gon—. Pero primero vamos a probarlos.

Mota señaló unas puertas dobles de duracero al final de la sala.

—Salid por esa puerta al patio trasero. Allí podréis probarlos. Pero tened cuidado con las patrullas aéreas de seguridad.

Obi-Wan se subió al barredor y ajustó el asiento para poder acceder fácilmente a los controles del manillar. Encendió el motor del retropropulsor, mientras Qui-Gon arrancaba el deslizador. Siguió a Qui-Gon, que salió con un zumbido por las puertas abiertas. Entraron en un túnel corto y salieron al aire libre. Se encontraron en un patio descubierto rodeado de verjas de seguridad.

Obi-Wan ya había conducido barredores y estaba acostumbrado a tanta maniobrabilidad. Avanzó con él, realizando giros bruscos y acelerones. Le alegró comprobar que el vehículo funcionaba bien. Qui-Gon también parecía satisfecho. Cuando Irini y Lenz entraron en el patio, los dos aterrizaron los transportes y apagaron los motores.

—¿Si Tahl tiene la lista, qué haréis con ella? —les preguntó Irini, nerviosa.

—La lista no es nuestra principal preocupación —dijo Qui-Gon.

—Tenéis que ser conscientes del poder que tiene esa lista —dijo Lenz—. No puede caer en manos equivocadas.

—¿Nos prometéis acudir a nosotros en primer lugar cuando la tengáis? —preguntó Irini.

—No puedo haceros esa promesa —dijo Qui-Gon—. Pero os prometo que la guardaremos bien. Los Jedi se prestarán a custodiar la lista como parte neutral hasta que el Gobierno nombre un sucesor para Roan.

Irini asintió, reticente.

Obi-Wan divisó algo borroso en el cielo.

—Creo que regresa la sonda robot.

Qui-Gon miró hacia arriba, con el rostro tenso por la expectación. La sonda robot tomó tierra junto a ellos. El Jedi se inclinó rápidamente para examinar la lectura.

—Balog ha abandonado la ciudad —dijo Qui-Gon—. Ha salido a campo abierto.

—Qué raro —dijo Lenz—. ¿Qué razón puede tener para alejarse de su base de apoyo?

—Quizá sepa que los Jedi le están siguiendo —dijo Irini.

Qui-Gon programó la sonda para que continuara la búsqueda y la hizo despegar. Después programó las coordenadas de la última parada de Balog en su ordenador de a bordo. Dio a Obi-Wan las coordenadas, y éste hizo lo mismo en el barredor.

Mota salió por una puerta camuflada en el muro del edificio.

—¿Os gustan los transportes? —preguntó.

—Están bien. Trato hecho —dijo Qui-Gon, contando los créditos adicionales.

Mota se puso los créditos en un bolsillo interior de su unimono. De repente, los sensores de la pared comenzaron a brillar. Mota se quedó mirando mientras emitían un código privado de pitidos.

—Hay patrullas en la zona —dijo Mota—. Os sugiero que os marchéis —sin añadir palabra, se volvió a meter rápidamente por la puerta oculta y desapareció.

—No te preocupes, Mota, estaremos bien —murmuró Lenz—. Irini, mejor nos vamos —miró a los Jedi—. Deberíais hacer lo mismo. Si la patrulla de seguridad os ve con transportes del mercado negro, os detendrán, y es probable que os arresten.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo Obi-Wan rápidamente, montándose en el barredor.

—¿Estaréis bien? —preguntó Qui-Gon.

—Conocemos bien la zona —les aseguró Lenz—. Hay una salida por esa verja que nos permitirá llegar a casa sanos y salvos. Si yo fuera vosotros, saldría por atrás y me movería por los callejones.

A lo lejos, oyeron el ruido de motores de deslizador.

—Seguiremos en contacto —les dijo Qui-Gon.

Los dos transportes se elevaron en el aire. Qui-Gon iba en cabeza. El estrecho callejón serpenteaba desde el patio interior del edificio de Mota, girando y pasando por delante de las partes traseras de otros edificios ruinosos. Podían oír los motores de los deslizadores de seguridad, pero no estaban a la vista.

Finalmente, salieron a una calle desierta. Qui-Gon se dirigió hacia el Este, a las afueras de la ciudad. Aceleró al máximo, y Obi-Wan le siguió.

Con la patrulla de seguridad a lo lejos, llegaron a los límites de la ciudad y entraron en campo abierto. Obi-Wan se animó al notar el viento en la cara. No podía evitar sentir que Tahl estaba a su alcance.

Capítulo 4

Cuando llegaron a las coordenadas indicadas por la sonda robot, vieron que ésta no había llegado todavía con la siguiente posición de Balog.

Qui-Gon detuvo su deslizador, que se quedó flotando sobre el suelo. Obi-Wan se paró junto a él. Estaban muy alejados de la ciudad, en una zona deshabitada. Era un llano seco con tan sólo unos pocos árboles repartidos aquí y allá. A lo lejos se divisaban unas colinas.

—Podríamos esperar a la sonda aquí—dijo Qui-Gon a Obi-Wan—. O podríamos continuar la búsqueda por nuestra cuenta. Si nos equivocamos, tendremos que dar la vuelta. Podría ser una pérdida de tiempo.

Obi-Wan asintió.

—Entonces no podemos equivocarnos.

Por la mirada de su Maestro, Obi-Wan se dio cuenta de que aquélla era la respuesta que deseaba oír.

Apagaron los motores y saltaron de sus transportes para examinar el terreno. Obi-Wan había aprendido a rastrear en el Templo, y además acababa de realizar un ejercicio de entrenamiento con Qui-Gon en Ragoon-6. Se alegró de tener la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos.

—La sonda robot informó de que Balog está viajando en un explorador de suspensión blindado —dijo Qui-Gon—. Lo último que sabemos es que se dirigía más o menos al Este. Si podemos encontrar huellas de combustible, podremos seguirlo. Un vehículo de ese peso requiere una potencia enorme. Tiene un patrón de aceleración predecible, y además suelta el combustible extra.

Obi-Wan examinó el terreno como le habían enseñado, dividiéndolo en secciones y fijándose en cada guijarro, en cada remolino en la arena. Se agachó para contemplar una piedra.

—Aquí —dijo. Avanzó un paso—. Y aquí.

Qui-Gon se agachó para observar el rastro.

—Sí. Ya ves lo profundo que se han hundido las piedras. Aquí fue donde aceleró. Vamos.

Volvieron a montar en sus vehículos y arrancaron. De vez en cuando se detenían para examinar el suelo. Siguiendo el patrón, encontraron restos de combustible en las piedras y en el suelo. Sabían que seguían sobre el rastro de Balog.

Los soles comenzaron a descender en el cielo. Obi-Wan contempló el horizonte y vio una silueta negra acercándose hacia ellos. Se quedó callado durante un instante. Deseó que fuera la sonda robot, pero no estaba seguro de ello.

La vista de Qui-Gon era ligeramente más aguda.

—Aquí viene —dijo, con alivio en la voz. Detuvo el deslizador, y Obi-Wan se paró junto a él. A los pocos minutos, el androide regresó.

Qui-Gon consultó las lecturas.

—Se ha detenido. Bien. Quizá podamos alcanzar a Balog al amanecer.

Qui-Gon volvió a lanzar la sonda y se dirigió hacia el siguiente punto. Obi-Wan aceleró al máximo para seguirle el paso. Balog ya estaba a su alcance.

Viajaron toda la noche, la segunda que Obi-Wan pasaba sin dormir. Las tres lunas se alzaron en lo más alto del cielo purpúreo, y los gritos lejanos de las criaturas nocturnas le llegaban ahogados. Cuando el cansancio intentaba apoderarse de él, recurría a la Fuerza para mantener un estado meditativo. Estaba lo suficientemente despierto como para conducir, pero también era capaz de permitir que su cuerpo descansara mientras avanzaba a toda velocidad por el accidentado relieve. Qui-Gon no parecía cansado en absoluto.

En aquel planeta amanecía rápidamente. El horizonte se tiñó de un naranja rojizo, y el llameante tono se expandió por el cielo morado mientras los soles se elevaban. Habían dejado atrás la meseta, para entrar en una zona de colinas que cada vez eran más grandes y empinadas. Los bosques eran espesos, y los Jedi tuvieron que tener cuidado para mantener la velocidad.

—Ya estamos cerca, padawan. Vamos a ir más despacio. Balog podría estar levantando el campamento —Qui-Gon bajó la velocidad de su motor, y Obi-Wan hizo lo mismo—. Deberíamos ir a pie desde aquí. Lo más probable es que esté al otro lado de esa colina.

Obi-Wan descendió del deslizador, agradecido. Tenía las piernas rígidas. Hacía frío, y se movió rápidamente para calentar los músculos.

Subieron la pendiente en silencio. Tenían que asegurar cada paso, porque, si resbalaban, podían provocar el deslizamiento de una piedra, y eso podía avisar a Balog de su presencia.

Ya estaban cerca de la cima, y Qui-Gon se puso cuerpo a tierra. Obi-Wan hizo lo mismo. Se arrastraron hasta la cumbre y se asomaron al otro lado.

Sólo vieron una llanura desierta. Ni rastro de Balog, ni siquiera a lo lejos. Debía de haberse ido hacía mucho tiempo.

Qui-Gon hundió la cabeza entre las manos y se quedó callado un rato. Obi-Wan se mostraba decepcionado, pero se dio cuenta de que su Maestro estaba destrozado.

Obi-Wan estaba cansado y hambriento, y tenía frío. En ese momento, nada le hubiera gustado más que habilitar la unidad condensadora para calentarse, comer unas raciones y tumbarse en el suelo para echarse una buena siesta de unas cuantas horas.

Pero, en lugar de eso, colocó la mano sobre el hombro de Qui-Gon y habló con suavidad:

—Sigamos.

—Sí —dijo Qui-Gon con ademán orgulloso—. Sigamos.

Capítulo 5

A última hora de la mañana, la sonda robot llegó con nuevas coordenadas. Balog viajaba rápidamente, sin apenas detenerse. Obi-Wan vio crecer la frustración de Qui-Gon hasta convertirse en fría determinación. No descansaría hasta alcanzar a Balog. Llevaría su cuerpo al límite.

La temperatura ascendió, y la potencia combinada de los soles llameantes cayó sobre Obi-Wan. Dio un trago de agua de sus raciones. Se sentía mareado por el calor y la falta de sueño.

—¿Crees que Balog no se detiene porque sabe que le seguimos? —preguntó Qui-Gon.

—O quizá tenga algún destino en mente en el que sabe que estará a salvo —respondió Qui-Gon—. Lo mejor sería que le alcanzáramos antes de que llegue.

Obi-Wan quería hacer más preguntas a Qui-Gon, pero aplacó su curiosidad. Percibió que la charla distraería la concentración de su Maestro. Estaban empleando una sonda robot, pero también hacían uso de sus propias habilidades de rastreo para seguir en movimiento. A cada momento necesitaban bajar de sus vehículos y seguir a pie. Obi-Wan se dio cuenta de la diferencia entre los ejercicios de entrenamiento y la realidad. Tenía que asegurarse completamente de que no se le olvidaba nada, y de que lo que interpretaba del suelo era lo correcto. La vida de Tahl dependía de ello.

Cuando el primer sol comenzó a ponerse, la sonda robot regresó. Qui-Gon consultó las lecturas y se giró hacia Obi-Wan.

Tenía la cara cubierta de polvo y la túnica manchada y sucia. Obi-Wan sabía que él debía de tener el mismo aspecto.

—Tendremos que viajar durante la noche, padawan. ¿Serás capaz?

Obi-Wan había alcanzado un estado en el que su cuerpo no sentía fatiga. Él sabía que estaba ahí, en lo más profundo de sus músculos y sus huesos, y que la sentiría una vez terminada aquella persecución. Hasta ese momento, no se permitiría descansar.

—Podré hacerlo —dijo.

Qui-Gon asintió y aceleró. Una vez más, viajaron a través de la noche oscura. Se levantó un aire frío que revivió a Obi-Wan. El joven padawan realizó varias aspiraciones profundas para recuperarse. La noche pasó en un borrón de paisajes y de lunas que se alzaban y se ponían.

El cielo comenzaba a iluminarse cuando regresó la sonda robot. Esta vez tardó menos tiempo. Eso podía ser una buena señal. Obi-Wan clavó la mirada en Qui-Gon, que cogió rápidamente la lectura. Cuando se dio la vuelta, sus ojos relucían de satisfacción.

—Se ha detenido. La sonda acaba de dejarlo, así que esta vez sí que estará allí. Le tenemos —saltó del deslizador—. Tenemos que actuar con cautela, padawan. Más adelante hay un pequeño desfiladero. Allí se encuentra Balog.

Avanzaron en silencio hacia una formación rocosa. Qui-Gon le hizo un gesto, señalando que encontrarían a Balog al otro lado de las rocas.

Se movieron silenciosos pero con rapidez. La oscuridad comenzaba a cernirse sobre ellos, pero las rocas y las paredes que les rodeaban seguía proyectando grandes sombras. Se mezclaron con aquellas sombras, que les proporcionaron cobertura.

Escalaron una pendiente y entraron en el cañón. Vieron una pequeña hoguera. No había ni rastro del explorador de suspensión de Balog, pero había una figura cerca del fuego, envuelta en una manta térmica. Quizá el explorador estaba aparcado cerca de allí, oculto entre las sombras. Obi-Wan examinó la figura que había junto al fuego. ¿Era Balog? ¿O quizás era Tahl?

Qui-Gon avanzó más lentamente. Escudriñó la oscuridad, centrándose en la figura que había en el suelo. Alzó la mano para que Obi-Wan fuera más despacio.

—Algo no va bien —murmuró—. ¿Lo percibes?

Antes de que Obi-Wan pudiera responder, dos sombras oscuras aparecieron en el cielo, en dirección hacia ellos. Sondas robot.

Y entonces, Obi-Wan vio su propia sonda avanzando rápidamente por la izquierda, rodeando el desfiladero. Se la

señaló a Qui-Gon, que la miró atónito. En ese momento un disparo láser resonó contra las rocas que tenían detrás.

—¡Es una trampa! —gritó Qui-Gon.

Capítulo 6

Balog les había engañado. Se había ido, pero había dejado dos sondas robot en modo de ataque. Una se separó de la otra y se lanzó en dirección a la sonda robot de los Jedi. La otra fue a por ellos.

La sonda de los Jedi se puso en modo de ataque ante la amenaza. Los disparos láser restallaron en el aire cuando ambas sondas se localizaron mutuamente y se enfrentaron.

—No podemos perder esa sonda —dijo Qui-Gon con urgencia. Activó su sable láser y saltó detrás de una roca para protegerse—. Obi-Wan, vuelve al deslizador. Uno de nosotros tiene que combatir a las sondas enemigas desde el aire.

Obi-Wan odiaba tener que abandonar a su Maestro, pero vio la sabiduría de la estrategia de Qui-Gon. Corrió hacia su deslizador. Podía oír los disparos láser a su espalda, y tuvo que controlarse mucho para no girarse a ver si Qui-Gon estaba bien. Tenía que confiar en que su Maestro iba a controlar la situación hasta su regreso.

El viento le silbaba en los oídos mientras corría. Saltó al deslizador y forzó el motor al máximo. Volvió a toda prisa al desfiladero.

Qui-Gon había escalado a una estrecha pasarela situada sobre el suelo del desfiladero. La sonda robot enemiga dio un rodeo y atacó, lanzando hacia Qui-Gon una ráfaga láser. El Jedi se defendió utilizando su sable láser en una serie de movimientos defensivos. Obi-Wan sabía que tenía que lograr que la sonda se acercara más para poder atacarla directamente con el sable láser. Era un juego de espera.

—¡Ve a por la otra! —gritó Qui-Gon.

Obi-Wan quería proteger a su Maestro, pero Qui-Gon tenía razón. Perder su propia sonda robot disminuiría drásticamente las posibilidades de encontrar a Tahl con rapidez.

Ascendió al lugar donde se enfrentaban las sondas robot y activó el sable láser. Era difícil averiguar cuál era la suya, por muy cerca que estuviera.

Qui-Gon vio a su padawan dubitativo.

—¡Es la de la izquierda, padawan! —exclamó.

Obi-Wan se centró en las dos sondas, intentando localizar alguna marca que identificara a la que tenía que destruir. La sonda de Balog tenía un profundo arañazo en uno de los lados. Con confianza renovada, Obi-Wan se acercó y se situó para ejecutar su primer ataque.

Pero la sonda de Balog dio un brusco giro y ascendió, abriendo fuego sobre la sonda Jedi, que optó por huir. Los disparos fallaron por centímetros. Obi-Wan pisó a fondo y se echó a la derecha, acercando más el deslizador. Su equilibrio tenía que ser perfecto, de otro modo, el deslizador volcaría. Con un rápido movimiento, se colocó sobre la sonda de Balog y lanzó una estocada con su sable láser. Pero la sonda ya se había girado, y falló.

Obi-Wan enderezó el deslizador y avanzó rápidamente hacia la sonda robot. No podía permitir que aquella máquina disparara ni una vez más. Y, además, tenía que mantenerse fuera del alcance de su propia sonda.

La sonda robot volvió a lanzarse en picado. Obi-Wan la siguió. La estrategia de un robot tampoco daba para más. Obi-Wan avanzó, adivinando el siguiente movimiento de la sonda. Al mismo tiempo, la sonda Jedi disparó a la de Balog.

—¡A tu izquierda, padawan! —gritó Qui-Gon.

Sin mirar, sin pensar, Obi-Wan se lanzó con el deslizador hacia la izquierda y estuvo a punto de ser alcanzado por los disparos de su propia sonda. En lugar de enderezar el deslizador, empleó el movimiento para dar un rodeo y luego subir, avanzando directamente hacia la sonda de Balog. Vio el sensor rojo parpadear mientras la máquina calculaba su posición. Le quedaban pocos segundos.

Hizo rugir el motor al máximo e inclinó el deslizador todo lo que pudo, alzando el sable láser. Hizo descender el arma en una estocada que cortó limpiamente la sonda en dos pedazos. Echando chispas y humo, la máquina se precipitó al suelo y quedó destrozada.

Obi-Wan giró el deslizador, dirigiéndose hacia la segunda sonda robot de Balog. Había alterado su plan de vuelo para ir más bajo, ya que apenas podía percibir a Qui-Gon. Obi-Wan se

mantuvo a la izquierda de la sonda, dejando sitio a Qui-Gon para maniobrar.

Miró rápidamente a su Maestro, que asintió. No necesitaban comparar notas: habían llegado al mismo plan. Obi-Wan se lanzó con el deslizador y, al mismo tiempo, Qui-Gon saltó. Los dos Jedi se lanzaron a por la sonda, empuñando los sables láser. Coordinaron sus movimientos; Qui-Gon lanzando una estocada alta y Obi-Wan un lance bajo. La sonda robot no tenía escapatoria. Sufrió ambos golpes y se desintegró en una lluvia de metal y chispas.

Pero lo que Obi-Wan no había tenido en cuenta era su propia sonda robot, que se habría reprogramado automáticamente para atacar a la segunda sonda enemiga, y que disparó al mismo tiempo.

Obi-Wan sintió una oleada inquietante en la Fuerza, y aceleró rápidamente. Fue lo bastante rápido como para evitar que le dieran, pero no lo suficiente como para sacar completamente el deslizador fuera de peligro. Escuchó una ráfaga láser dando en la carcasa del deslizador, que comenzó a soltar chispas y humo. Obi-Wan lo dirigió con cuidado hacia el suelo.

Qui-Gon bajó de un salto. Obi-Wan se colocó junto a él.

El rostro de Qui-Gon estaba lleno de barro e hilillos de sudor. Contemplaba impasible el deslizador.

—Lo siento, Maestro —dijo Obi-Wan, disgustado, mientras saltaba del deslizador dañado—. Me he concentrado demasiado en la sonda de Balog.

—No pasa nada —dijo Qui-Gon con la mayor tranquilidad. Obi-Wan se dio cuenta de que aquel inconveniente le había sentado fatal—. Has hecho lo correcto. Y seguimos teniendo nuestra sonda robot.

Qui-Gon se agachó para examinar el deslizador. Parte del panel de control se había derretido. Al cabo de un rato, alzó la cabeza.

—Es peor de lo que pensaba. La reparación llevará un tiempo. Aunque también podemos dejarlo aquí. Pero entonces no tendremos sitio para traer a Tahl de vuelta.

—A menos que capturemos a Balog y su vehículo.

—Que es algo con lo que no podemos contar. Poner a Tahl a salvo es nuestra principal prioridad. No podemos cometer más errores.

Qui-Gon seguía manteniendo un tono amable en la voz, pero Obi-Wan podía ver la frustración hirviendo en sus ojos. Deseó poder retroceder en el tiempo. Deseó haber recordado que tenía que vigilar a su propia sonda.

—Sigue sin mí, Maestro —dijo—. Me quedaré aquí para reparar el deslizador y te alcanzaré en cuanto termine.

—No —dijo Qui-Gon—. No te dejaré solo en esta zona. Lenz me dijo que es peligrosa. Hay seguidores de los Obreros y leales a los Absolutos que suelen enfrentarse en los alrededores. Además, Tahl es demasiado vulnerable. Está atrapada, y si Balog tiene un segundo libre, podría decidir inyectarle esa droga de nuevo, lo que podría matarla. Tenemos que hacer esto juntos.

—Lo siento —dijo Obi-Wan de nuevo.

Qui-Gon le puso una mano en el hombro.

—Déjalo. Esto es un retraso, nada más. Coge el equipo de reparación del deslizador, estamos perdiendo el tiempo.

Obi-Wan volvió corriendo al deslizador, con el corazón latiéndole a toda prisa. Qui-Gon había dicho todo lo correcto para tranquilizarle, pero él no se sentía mejor. Reparar el deslizador podía llevarles unas cuantas horas. Si ese retraso implicaba que Tahl escaparía de su alcance, él se iba a sentir culpable.

Cuando regresó, encontró a Qui-Gon inclinado sobre la figura que habían visto junto a la hoguera. No era más que un revoltijo de trapos envueltos con una manta térmica. Qui-Gon sacó un sensor de entre la tela.

—Esto fue lo que confundió a la sonda —dijo—. Es un sensor de infrarrojos. Le hizo pensar que Balog seguía aquí. Presentía que encontraríamos algo así. Tendría que haberlo pensado antes —Qui-Gon escudriñó el paisaje vacío—. Sabe que le estamos siguiendo. Cuando vea que sus sondas robot no regresan, sabrá que hemos ganado la batalla. Y hará todo lo que pueda para retrasarnos. Tenemos que mantenernos en guardia.

Qui-Gon estaba sentado en la Sala de Cartografía Estelar del Templo. La suave luz azulada le rodeaba. Los holo-gramas de planetas giraban en torno a él en la fascinante gama de colores

que ofrecía la galaxia. Aquella era su sala favorita del Templo, aunque hacía tiempo que no iba por allí. Era un sitio tremendamente tranquilo, y Qui-Gon había preferido aplacar su inquietud con actividad en lugar de con calma.

La puerta se abrió, y Tahl entró en la estancia, pero se detuvo de repente. A pesar de que no podía verle, ella sabía que él estaba allí. En una ocasión, Qui-Gon le preguntó cómo podía reconocerle; ¿por su respiración, por su olor o por algún movimiento delator? Ella se limitó a sonreír y dijo: "Eres tú".

Pero aquel día no hubo sonrisa. Tahl y él habían estado discutiendo o evitándose el uno al otro durante meses. Cada vez que regresaba de una misión, él acudía a visitarla, como siempre. Pero sus conversaciones no salían bien. Hacía tiempo que sus discusiones se centraban en cómo trataba Tahl a Bant, su nueva pada-wan. Tahl era buena Maestra y respetaba las habilidades únicas de Bant, pero a menudo la dejaba atrás y emprendía misiones cortas por su cuenta.

—Lo siento —dijo ella, incómoda—. Querías estar solo.

Así que eso también podía saberlo.

—Quédate, por favor —dijo él.

Se sentó junto a él en el suelo, doblando las rodillas y apoyando la barbilla sobre ellas en una postura que él no le había visto desde que era una niña.

—Estoy molestándote. Aunque a veces es necesaria una pequeña molestia, Qui-Gon.

—Por supuesto.

—Esa calma que tienes puede llegar a ser recalcitrante —dijo Tahl—. Pero tu tristeza es todavía peor. Estoy intentando no tomármelo de forma personal, pero me evitas o me machacas con tu preocupación por mi ceguera; o me atacas por cómo me porto con mi padawan. Si estás intentando poner a prueba mi amistad, lo estás haciendo muy bien.

Ella habló con suavidad, pero él sabía que iba muy en serio.

¿ Y qué podía decir? Para el resto, ella era impecable. Su extraordinaria forma de compensar su ceguera había convencido a todo el mundo de que había conseguido dominar su defecto. Pero él sabía la verdad. La conocía desde que era una niña. Tahl era un

espíritu independiente. Y ahora detestaba tener que pedir ayuda u orientación. Y, aun así, había momentos en los que lo necesitaba.

—Sólo intento cuidarte —dijo él con toda su amabilidad —. Pero cuando lo hago, me rechazas.

—¿ Y cómo no voy a hacerlo, si estás todo el día encima de mí? Ya deberías saber cómo soy. Sabes que tengo que encontrar mi propio camino. Como todos. Tú tienes más experiencia como Maestro, eso es cierto; pero también sabes que cada Maestro encuentra un camino distinto con su padawan.

—Soy consciente de ello.

—Entonces ¿por qué no me dejas encontrar el mío?

La pregunta flotó en el aire. Qui-Gon se dio cuenta de que no sabía cuál era la respuesta. El no era de los que interferían en vidas ajenas. Como hombre solitario, respetaba la intimidad; pero con Tahl era diferente. Tenía la profunda sensación de que ella necesitaba protección, y le alivió que Tahl eligiera a Bant como padawan. Pero Tahl tampoco quiso depender de Bant para ayudarla.

Su amistad era lo que más le importaba del mundo. Tenía que cambiar de actitud.

—Tienes razón —dijo él—. Estaba equivocado.

—¡Estrellas y galaxias! —murmuró ella—. No me esperaba una disculpa. Me esperaba otra discusión.

—Bueno, podría decirte un par de cosas...

Ella le dio una palmadita en la rodilla.

—Lo sé, pero ¿qué tal si mejor nos callamos? Así no nos meteremos en problemas.

Así que Qui-Gon estuvo junto a ella, contemplando cómo giraban los planetas holográficos. Por primera vez en semanas, se sintió en paz. Era curioso, pero la presencia serena de ella podía tanto calmarle como irritarle.

Aquélla fue la última vez que estuvieron tranquilos. A la mañana siguiente, él se enteró de que Tahl se iba a una misión urgente al árido planeta satélite Vandor-3. No iba a llevar a Bant consigo. En el almuerzo, ya habían vuelto a discutir.

***

El retraso que provocaron los daños del deslizador les hizo aumentar todavía más el ritmo. Las nuevas coordenadas que trajo

la sonda robot les sirvieron de incentivo. A la mañana siguiente ya habían llegado a las enormes canteras de piedra de Nuevo Ápso-lon, de donde se había extraído toda la roca grisácea empleada para construir la mayoría de los edificios de la capital.

Era un paisaje agreste con vastos picos, desfiladeros y profundas grietas, algunas de ellas llenas de agua. *Un buen lugar para esconderse,* pensó Qui-Gon. Quizás estuvieran acercándose al destino de Balog.

Obi-Wan había permanecido callado durante horas, con el rostro demacrado. Qui-Gon sabía que su padawan se seguía sintiendo fatal por el retraso. Pero ya no le quedaban palabras de consuelo que ofrecerle. Obi-Wan tendría que seguir adelante, como un Jedi. Su padawan sabía que estaba ansioso por encontrar a Tahl, pero lo más probable es que achacara todo el esfuerzo a la larga amistad que le unía con la Jedi. No tenía ni idea de lo unido que estaba el espíritu de Qui-Gon con la seguridad de Tahl. No podía saber lo lleno que tenía el corazón, y lo difícil que le resultaba hablar de ello.

Todo irá bien cuando la encuentre, se dijo Qui-Gon. *Cuando la vea. Cuando sepa que está bien...*

Qui-Gon intentó apartar su mente del futuro. Le preocupaba la frecuencia con la que sus pensamientos regresaban a su reunión con Tahl. Probablemente era por su necesidad de verla sana y salva, pero era peligroso para él recrearse en el futuro, y lo sabía. Balog seguía llevándoles la delantera. Y sólo debía pensar en eso. Su atención debía centrarse en el presente. Estaba distraído y podía perderse algún detalle sobre la marcha. No estaba pensando como un Jedi. ¿Cómo iba a enseñar a su padawan, si él mismo no podía encontrar su centro de paz?

Qui-Gon examinó cuidadosamente el entorno. Sus manos permanecieron fijas en el volante del deslizador. No dejó de avanzar, pero desvió su concentración de la conducción y la proyectó en el paisaje que le rodeaba, con la Fuerza vibrando a su alrededor, presente, como siempre; guiándole, como siempre.

Y entonces lo percibió. Un parpadeo de algo... Peligro, quizá. Quizá llevaba un tiempo percibiéndolo. Quizás estuviera al acecho bajo la superficie de sus preocupaciones. Era una preocupación distinta a la de su angustia por Tahl. Y se centró en

ella por completo, examinándola en su mente. Era una perturbación en la Fuerza, una corriente secundaria, una advertencia. Había una energía diferente tras ellos.

Alguien les estaba siguiendo.

No dijo nada a Obi-Wan. Centró toda su atención en la retaguardia, buscando cualquier pista. Siguieron avanzando.

***

Al amanecer estuvo seguro. Ya estaban acercándose a Balog. El último informe de la sonda les confirmó que su capacidad de viajar durante largos periodos sin dormir había resultado muy útil. Balog se había detenido dos veces. La distancia se acortaba. Esta vez, Qui-Gon lo creía porque podía sentirlo.

Pero el hecho de que tenían a alguien siguiéndoles podía impedir su avance. Percibió que les ganaban terreno. Ya estaba cada vez más cerca. Si les alcanzaban y les atacaban, podrían perder un tiempo precioso.

Era hora de decírselo a Obi-Wan.

—Hay alguien detrás de nosotros, siguiéndonos —dijo Qui-Gon cuando volvieron a detenerse para comprobar su posición—. Creo que lo mejor sería dar un rodeo hacia atrás y sorprenderles antes de que ellos nos sorprendan a nosotros. No me gusta tener que retrasarnos, pero a largo plazo va a ser mejor que resolvamos esto.

—Yo no he percibido nada —dijo Obi-Wan, descontento.

—Ha sido un indicio, nada más. Muy débil, pero está aumentando. No te preocupes por el retraso, Obi-Wan. Mira hacia delante. Esto está siendo una lección. Aun en la persecución, tu concentración debe ser como un amplio círculo, que abarque todo lo que tengas alrededor.

Obi-Wan asintió.

—¿Se te ocurre quién podría ser?

Qui-Gon negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Podría ser Irini —dijo Obi-Wan—. Parecía muy ansiosa por obtener esa lista.

—También podría ser un compinche de Balog —dijo Qui-Gon—. Si Balog sabe que estamos persiguiéndole, quizás haya

pedido ayuda. No quiero emplear la sonda robot para rastrear a nuestro perseguidor. Vamos a tener que hacerlo nosotros mismos.

—Yo estoy listo —asintió Obi-Wan.

Dieron la vuelta, dando un gran rodeo para evitar ser vistos. Qui-Gon señaló hacia delante, a un conjunto de colinas de roca sólida, y le indicó con gestos que tenían que rodearlas. Recordó que ellos habían atravesado aquella zona por la parte central, donde había un desfiladero excavado en la piedra. Tenía el presentimiento de que su perseguidor estaba escondido en esa garganta. Era un buen lugar para tender una emboscada a quien quiera que fuese.

Se deslizaron alrededor del macizo rocoso y se metieron por el pasillo, avanzando a toda velocidad. Ante ellos, Qui-Gon vio las reverberaciones de un veloz deslizador. Hizo un gesto a Obi-Wan, que tiró de su deslizador para elevarlo en el aire. Qui-Gon aceleró todavía más, mientras Obi-Wan le seguía por el aire. A los pocos segundos se encontraban encima del otro transporte.

Su perseguidor miró hacia atrás, sorprendido. Una trenza rubia ondeaba en el viento, chocando contra su mejilla.

Era una de las gemelas, pero, a tanta velocidad, Qui-Gon no sabía cuál de las dos.

La gemela detuvo su deslizador y saltó a tierra. Qui-Gon disminuyó la velocidad. Obi-Wan aterrizó. Mientras ella avanzaba hacia ellos, se dio cuenta de que era Eritha. Se quedó atónito. Alani había sido la más enérgica de las dos. Eritha solía quedarse en un segundo plano. ¿Por qué habría emprendido un viaje tan agitado?

—¡Menos mal que os encuentro! —exclamó—. Llevo días viajando. No sabía cómo alcanzaros. He averiguado quién respalda a Balog. Sé quién es vuestro enemigo.

—¿Quién? —preguntó Qui-Gon.

Eritha titubeó un instante. Apretó los labios en una fina línea, como si no quisiera decir aquellas palabras.

—Mi hermana —dijo.

Capítulo 8

Alani está en contacto con Balog —continuó Eritha. Las palabras le salían a borbotones—. Escuché una conversación entre ambos por el intercomunicador. No me enteré de dónde se encuentra él, o hacia dónde se dirigía. Tahl está viva, pero él la tiene retenida en ese horrible dispositivo.

Tahl está viva. Obi-Wan vio el alivio transformando el rostro de Qui-Gon, antes de que su Maestro volviera a centrar toda la atención en Eritha.

—¿Os dais cuenta de lo que significa esto? —gritó Eritha. Se retorció las manos—. ¡Alani me ha estado mintiendo durante todo este tiempo! Me convenció de que Roan estaba detrás de la muerte de nuestro padre. Y estoy segura de que fue ella quien planeó nuestro propio secuestro —prosiguió ella, enfadada—. Por eso se mostró tan fuerte durante aquel mal trago. Cuando nos liberaron, a mí me daba miedo que nos siguieran para matarnos. Y ella no paraba de decirme que no tuviera miedo, que no me preocupara... —la voz de Eritha sonaba disgustada—. Yo pensé que era muy valiente. Y Roan... ¿pudo ser ella la que tramara el asesinato de Roan? ¡No puedo creerlo! Fue tan amable con nosotros. ¡Era el mejor amigo de nuestro padre!

—¿Pero qué persigue? —preguntó Obi-Wan.

—Poder. Quiere gobernar Nuevo Ápsolon —Eritha negó con la cabeza—. Al menos eso creo yo. Balog la respaldará a la cabeza de los Absolutos. No puedo ni creer lo que digo. No puedo creer que no conociera a mi propia hermana. Me siento avergonzada.

—Pero tú no has hecho nada malo —dijo Obi-Wan.

—¿No lo entendéis? Ella es parte de mí. Y yo debería haberlo sabido —la mirada de Eritha era desoladora.

—¿Estás segura de que no oíste nada que delatara la posición de Balog? —le preguntó Qui-Gon con apremio.

Eritha suspiró con tristeza.

—Lo siento. Escuché la conversación por casualidad, pero no mencionaron dónde estaba.

—Gracias por venir a contárnoslo —dijo Qui-Gon—. Has arriesgado mucho. Ahora debes regresar.

—No pienso volver —Eritha apretó la mandíbula con decisión, eliminando la suavidad que la distinguía de su más dinámica y energética hermana.

—Lo siento —dijo Qui-Gon con firmeza—, pero tienes que irte. Obi-Wan y yo vamos a seguir adelante. Y será peligroso.

—No me importa. Mi hermana ha avergonzado a mi planeta. Tengo que restaurar el honor de mi familia. Ella es una Obrera y ha traicionado a los Obreros al formar una alianza con los Absolutos. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa? Piensa que por ser hija de quien es, los Obreros la aceptarán sin cuestionarse nada. Mientras estamos aquí hablando, ella intriga para que la Legislatura Unida la nombre Gobernadora Suprema. Y yo sé cómo lo está haciendo... La conozco. No preguntará, ni hará sugerencias. Se mostrará dulce y humilde. Y, de alguna manera, las altas esferas de la Legislatura pensarán que la idea fue suya. Igual que me convenció a mí en su momento de que Roan estaba involucrado en la muerte de Ewane. Por supuesto, los Obreros la apoyarán; para ellos es una heroína por haber sobrevivido a la muerte de nuestro padre.

—Y una vez nombrada, volverá a implantar a los Absolutos y restaurará el antiguo Gobierno. Los Obreros se sentirán pisoteados. No —Eritha se cruzó de brazos—. No regresaré. El espíritu de mi padre está aquí conmigo. Y él sacrificó mucho. Voy con vosotros.

—Eritha, probablemente Balog vaya al lugar donde se encuentran sus seguidores. Y tú no estás preparada para la batalla —dijo Obi-Wan.

—Pues claro que sí —Eritha se echó hacia atrás la capa, dejando ver las pistolas láser y los dispositivos explosivos que llevaba en el cinto—. Tengo una puntería excelente.

—Admiró tu dedicación —dijo Qui-Gon—. Pero...

—Tahl fue una gran amiga para mí cuando la necesité —dijo Eritha, mirando fijamente a Qui-Gon—. No puedo abandonarla ahora. Y te olvidas de que yo he pasado por lo mismo. Fui atrapada en ese dispositivo y sé cómo puede afectarte. Tengo que hacer esto, Qui-Gon.

Qui-Gon abrió la boca para responder, pero, de repente, una explosión hizo saltar las rocas que había a su lado. Los añicos volaron hacia ellos. Tanto Obi-Wan como Qui-Gon saltaron hacia delante para proteger a Eritha. Qui-Gon hizo de escudo con su cuerpo, mientras saltaban al otro lado del deslizador.

—No subáis la cabeza —ordenó Qui-Gon con firmeza—. Me parece que la batalla ha venido hasta nosotros.

Capítulo 9

Su atacante no era Balog. Cuando se disipó el polvo, Qui-Gon y Obi-Wan vieron a un grupo de seres que se mezclaban con el color de las rocas y el barro. Llevaban uni-monos grises y tenían la piel del mismo color ceniciento. Iban de roca en roca, intentando acercarse a los Jedi.

Obi-Wan vio un fino rayo de luz atravesando el aire sobre sus cabezas, hacia la pared del desfiladero.

—¡Atrás! —gritó a Qui-Gon y a Eritha.

Saltaron hacia atrás justo segundos antes de que un gran pedazo de roca se precipitara contra el suelo, justo en el sitio donde habían estado ellos.

—Emplean un taladro de vigas para crear aludes de rocas —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon miró hacia atrás.

—Lo más probable es que quieran llevarnos a una emboscada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eritha. Tenía el rostro tenso y los ojos abiertos de par en par por el miedo.

Otro rayo chocó contra la pared de roca, y los tres volvieron a saltar, justo a tiempo para evitar otra estremecedora explosión rocosa. Los fragmentos volaron hacia ellos, que se cubrieron las cabezas hasta que el polvo volvió a disiparse.

—Tenemos que elevarnos por encima del alcance del taladro —dijo Qui-Gon, examinando la pared del cañón—. Si podemos subir a la cima, no podrán seguirnos.

—Nuestros lanzacables no alcanzan tanta altura —dijo Obi-Wan—. Tendremos que lanzarlos una y otra vez.

—Y mientras tanto ellos seguirán utilizando el taladro láser —dijo Eritha.

—Creo que es nuestra única oportunidad —decidió Qui-Gon—. No te apartes de mí —advirtió a Eritha.

Ella tembló.

—No te preocupes.

—¡Qui-Gon! ¡Viene nuestra sonda robot! —exclamó Obi-Wan.

—¡Necesitamos un sitio donde ponernos a cubierto! —gritó Eritha, dominada por el pánico. Echó a correr de repente, mientras el taladro láser alcanzaba un punto por encima de sus cabezas.

Las rocas comenzaron a caer, y Qui-Gon saltó hacia Eritha para ponerla a salvo. Obi-Wan les siguió, activando el sable láser para rechazar las rocas que iban hacia la sonda robot.

Qui-Gon agarró a Eritha y se puso a salvo detrás de una pila de escombros. Obi-Wan no tuvo tanta suerte. Llegó pocos segundos tarde y no pudo salvar a la sonda. Una gran roca la aplastó, haciéndola añicos. Obi-Wan apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que había pasado, antes de ver que una lluvia de piedras se dirigía hacia él. Giró en pleno salto, pero un gran canto le dio en la pierna. Cayó al suelo, volcando todo su peso sobre la pierna.

—¡Quédate aquí! —rugió Qui-Gon a Eritha, cubriendo la cabeza de ella. Corrió hacia Obi-Wan, lo cogió en brazos y, dando un poderoso salto, aterrizó en la seguridad de una nueva pila de escombros creada por el ataque.

—Maestro..., la sonda..., lo siento —Obi-Wan apenas podía respirar. La pierna le latía con fuerza.

Qui-Gon se la acarició con suavidad.

—No está rota. Cuando recuperes el aliento podrás levantarte. Si ves que no puedes, yo te llevaré.

Obi-Wan asintió. Se concentró para aceptar el dolor, para abrirse a la Fuerza y comenzar a curarse.

Ya casi habían llegado al final del desfiladero. Obi-Wan sabía que no iba a poder utilizar el lanzacables para salir del alcance del taladro de vigas. Por la expresión sombría de Qui-Gon, supo que su Maestro ya se había dado cuenta de ello, y que estaba maquinando un nuevo plan.

De repente hubo dos explosiones al fondo del estrecho pasadizo, y un alud de piedras mayor que los anteriores se precipitó hacia ellos. Qui-Gon y Obi-Wan se taparon la cabeza.

Cuando pudieron ver algo a través del asfixiante polvo, comprobaron que el final del cañón estaba bloqueado por una enorme torre de rocas.

—Estamos atrapados —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon activó el sable láser.

—Todavía tienen que venir a por nosotros. Y tenemos la protección de las rocas que ellos mismos han creado.

Escucharon un ruido estridente, y una excavadora apareció en el otro extremo del desfiladero. El vehículo se arrastraba hacia ellos lentamente.

—Las excavadoras pueden atravesar la roca sólida —dijo Obi-Wan—. Nuestra protección está a punto de desintegrarse.

En ese momento, Eritha corrió hacia ellos desde su escondite.

—¿Qué es eso? —preguntó a Qui-Gon.

—Una excavadora —dijo Qui-Gon—. Es un vehículo empleado por los mineros.

—Entonces ¿nuestros atacantes son mineros? —preguntó Eritha.

—Yo diría que sí —dijo Qui-Gon—. Hasta ahora han estado utilizando equipos mineros para atacarnos. Quizá no tengan armas convencionales.

—Eso podrían ser buenas noticias —murmuró Eritha.

De repente, ella trepó por encima de la pila de rocas.

—¡Eritha! —gritó Qui-Gon, lanzándose hacia ella.

La joven saltó al suelo desde lo alto de la pila. Entonces se quitó la capucha de la túnica y alzó las manos.

—Quédate aquí, padawan —Qui-Gon saltó sobre el montón de piedras con un movimiento fluido. Se quedó allí, con el sable láser activado y preparado para defender a Eritha.

—Aparta esa arma, Qui-Gon —le dijo Eritha entre dientes —. Y confía en mí.

La máquina excavadora avanzó unos cuantos metros y se detuvo.

Qui-Gon desactivó despacio el sable láser. Obi-Wan contemplaba la escena, consciente de que su Maestro aún podía atacar con la rapidez del rayo.

Lentamente, una escotilla se abrió en la parte superior de la excavadora, y una rampa emergió. Un hombre y una mujer salieron y bajaron por la pasarela.

Llegaron ante Qui-Gon y Eritha y se inclinaron.

—Hija de Ewane, estamos a tu servicio —dijo el hombre. Obi-Wan vio que tenían la piel gris por el polvo de roca.

Eritha también se inclinó.

—Soy Eritha.

La mujer, de elevada estatura, tomó la palabra.

—Pensábamos que erais un equipo de Absolutos. Disculpadnos. Han estado arrasando nuestros asentamientos y robando provisiones.

—¿Quiénes sois? —preguntó Qui-Gon.

—Somos los Obreros Mineros. Somos aliados de los Obreros Tecnológicos de la ciudad. Nos alegra comprobar que no habéis sufrido daños.

—Eso no es así —dijo Qui-Gon—. Mi padawan está herido. Y nuestra sonda robot ha sido destruida. Estaba rastreando a un Absoluto.

—Entonces te ofrecemos nuestras sinceras disculpas —dijo el hombre, apesadumbrado—. Si nos acompañáis a nuestro asentamiento, os ofreceremos excelentes cuidados médicos. Os ayudaremos en todo lo que podamos.

Capítulo 10

El aire era tan puro y limpio en Ragoon-6 que daba la impresión de que podías ver hasta el futuro, o incluso el pasado. Durante uno de sus poco frecuentes encuentros en el Templo, Tahl había propuesto a Qui-Gon el ejercicio de entrenamiento. "Si no lo hacían en ese momento, ¿cuándo lo iban a hacer?", le dijo ella, apuntándole con la barbilla, como siempre hacía cuando quería salirse con la suya. No tardarían en volver a enviarles a alguna misión.

Él sabía que Tahl le había propuesto el viaje por lo que había ocurrido con Xánatos. Su padawan había caído en el Lado Oscuro, y las semanas de meditación y de charlas con Yoda no habían bastado para que Qui-Gon terminara de olvidarlo. Se dio cuenta de que Yoda estaba preocupado por su estado, pero él estaba estancado, sin poder dejar de pensar en todo lo que había hecho y en lo que debería haber hecho.

Para su alivio, Tahl no había sacado el tema de Xánatos en Ragoon-6. En lugar de eso, se concentraron en el ejercicio. El paisaje de Ragoon-6 era impresionante, pero era un terreno difícil. Se emplearon al límite, escalando montañas y caminando por abruptos senderos.

Se detuvieron a descansar en una roca plana que dominaba un valle.

—¿Ves ese Irid volador? —dijo Tahl, señalando—. Mira el amarillo que tiene bajo las alas.

Qui-Gon miró hacia donde ella señalaba. Tahl siempre había tenido mejor vista que él. Esperó a que sus ojos se adaptaran y enfocó al pájaro, un resplandor de colores chillones sobre el cielo azul.

—Es precioso.

—Sí, pero son pájaros horribles. Son capaces de atacar a los suyos. Pero es raro. Cuidan a las crías con mucho cariño, les enseñan a volar, a cazar, a hacer sus nidos. Pero cuando llegan a la madurez, tienen las mismas posibilidades de comerse a sus padres que a sus semejantes.

Qui-Gon contempló el valle.

—¿Se supone que las parábolas me van a hacer sentir mejor? Sé que estás hablando de Xánatos. Yo le cuidé y él me traicionó. No fue culpa mía. Era su naturaleza. ¿Intentas decirme eso?

—Estoy hablando de los irid —dijo Tahl con serenidad—. Pero ahora que sacas el tema...

—Oye, yo no...

—Me gustaría decirte algo. No puedes controlar todo lo que tocas, Qui-Gon. Y tampoco puedes intentar entender todo, por mucho que lo analices o medites sobre ello. Ni siquiera tú.

—Esto no tiene nada que ver con el ego —dijo.

Ella le miró fijamente, con sus ojos dorados y esmeralda.

—¿Ah, no?

***

Otro retraso. Qui-Gon quería aullar su rabia al cielo. En lugar de eso, ayudó a su padawan a subir al deslizador de Eritha y le depositó suavemente en el asiento. El rostro de Obi-Wan estaba retorcido por el dolor.

Lo último que quería en ese momento era hacer un alto en la búsqueda, pero su padawan necesitaba cuidados médicos.

Eritha condujo su deslizador, y uno de los Obreros Mineros llevó el barredor de Obi-Wan. Qui-Gon les siguió mientras avanzaban a toda prisa por los desfiladeros hacia el asentamiento de los Obreros Mineros.

Le alegró ver que no estaba muy lejos. Se encontraba en un pequeño valle rodeado de canteras. Había pasarelas de pizarra que llevaban a las casas, a las tiendas, a la escuela y a un pequeño centro médico.

Obi-Wan fue atendido por una chica que salió inmediatamente a ver cómo tenía la herida.

—He estudiado medicina —dijo ella—. Me llamo Yanci. He visto muchas heridas como ésta en las canteras. No es grave. Vuestro amigo se recuperará en breve.

Qui-Gon asintió a modo de agradecimiento. Yanci y él ayudaron a Obi-Wan a entrar en el centro médico.

—Ya me ocupo yo —dijo Yanci a Qui-Gon, sacando una tablilla y comenzando a preparar un baño de bacta—. El comedor

está al otro lado de la pasarela. ¿Por qué no descansas? Yo me acercaré luego y te diré cómo va.

Obi-Wan dedicó una sonrisa a Qui-Gon que se torció en una mueca de dolor.

—Yo estaré bien.

Qui-Gon le dio un palmadita para animarle y salió del centro médico. Podía ser útil hablar con los Obreros Mineros sobre los Absolutos. Le sorprendió oír que los Absolutos habían hecho incursiones. Eso significaba que eran muchos más de lo que él pensaba. Y eso no era positivo en modo alguno para su misión. Sintió una oleada de frustración que amenazó con asfixiarle. Respiró hondo para intentar calmarse. La frustración se aplacó, pero él sabía que seguía allí, dispuesta a hervir de nuevo. Quería continuar con el seguimiento, pero no podía dejar a Obi-Wan sin conocer la gravedad de sus heridas.

Qui-Gon se acercó al comedor. Allí encontró a los dos mineros que habían salido de la máquina excavadora. Habían llevado té y comida a Eritha. Qui-Gon negó con la cabeza cuando le ofrecieron un poco, y se sentó frente a ellos.

La mujer señaló a su compañero.

—Yo soy Bini, y ésta es Kevta —dijo ella—. Tengo que reiteraros mis disculpas por haberos confundido con Absolutos. No suelen venir viajeros por esta zona, así que sacamos conclusiones precipitadas. ¿Qué tal está vuestro joven amigo?

—Fue un error comprensible —dijo Qui-Gon—. Obi-Wan estará bien, según la doctora. Pronto vendrá a darme un informe.

—Yanci tiene mucho talento. Tenéis suerte de haberle traído aquí.

—Decidme —dijo Qui-Gon—. Habéis dicho que los Absolutos asaltaron vuestro asentamiento. ¿Cuántos eran?

Kevta se echó miel en el té.

—Nos atacó un escuadrón de unos treinta, pero siempre que les provocamos bajas, vienen más. No hay forma de saber cuántos son. Nosotros somos cuarenta, pero eso incluye a los ancianos y a los niños. Además, los Absolutos están armados hasta los dientes. En su primera incursión se llevaron nuestras armas de menor calibre, las pistolas láser y los misiles de dardos.

—¿No sabéis dónde tienen el cuartel general? —presionó Qui-Gon.

Bini rodeó la taza de té con las manos. Qui-Gon vio que ella tenía manos grandes que parecían extraordinariamente fuertes. Uno de los dedos estaba negruzco y azulado, y mostraba cicatrices en los nudillos. Sus manos le decían más que las palabras de las difíciles condiciones de trabajo de las canteras.

—No lo sabemos —dijo ella con calma—. Hemos buscado. Si tienen una base, la tienen bien escondida.

Qui-Gon sintió crecer su irritación. La información que tenía era demasiado escasa. No podía dejar de pensar en el hecho de que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Es posible que lleven a cabo las incursiones desde la ciudad?

Kevta negó con la cabeza.

—No. Sabemos que tienen una base en algún lugar de las canteras. Hay incursiones cada poco tiempo. Sobre todo últimamente. Nos han atacado cinco veces en el último mes.

—¿Os queda armamento? —preguntó Qui-Gon.

—Unas pocas pistolas láser, nada más —dijo Kevta—. Sólo tenemos nuestras herramientas y los explosivos que utilizamos en las canteras. Sin embargo, son caros y no nos gusta utilizarlos. Pero empezamos a estar desesperados. Por eso os atacamos hoy.

Estamos hartos. Sabemos que quieren nuestros explosivos a largo alcance. Y si los consiguen estaremos perdidos. Esta explotación minera es una cooperativa. Todos compartimos el trabajo y los beneficios. Si perdemos las herramientas y los explosivos, no podremos comprar más.

—Necesitáis ayuda —dijo Eritha—. ¿Habéis informado a la Legislatura Unida? Podrían enviar un cuerpo de seguridad para protegeros.

—Les informamos hace semanas y todavía no hemos tenido noticias suyas —dijo Bini—. Los problemas de la capital han eclipsado a los nuestros.

Qui-Gon pensó en lo que le habían contado Bini y Kevta. Se acordó de Mota, el vendedor del mercado negro y sus mesas vacías de armas que antaño rebosaban mercancía. Los Absolutos

estaban reuniendo armas a gran escala. Estaban preparados para entrar en acción. Y todo ello coincidía con el secuestro de Tahl. Pero ¿había realmente una conexión?

Inquieto, Qui-Gon tamborileó con los dedos en la mesa. De pronto se detuvo. Eritha le contempló por encima de su taza.

La puerta se abrió, y Yanci entró en la sala. Vio a Qui-Gon inmediatamente y se acercó a él.

—Obi-Wan es un buen paciente —dijo ella—. Aunque un tanto cabezota. Quiere marcharse ya. Pero te prevengo que intentes razonar con él. Su herida se curará, pero necesita tiempo para que el bacta regenere lo que ha perdido.

—¿Cuánto? —preguntó Qui-Gon.

—Un día. Puede que más. Se arriesga a sufrir daños permanentes si no descansa la pierna.

Qui-Gon asintió. Aceptar el diagnóstico no era fácil. Cada parte de su cuerpo le gritaba que se marchara, que rescatara a Tahl. Tenía que esperar al menos hasta la mañana para tomar una decisión. Y él quería marcharse esa noche. En ese preciso momento.

Yanci se mostró comprensiva.

—Las lunas están menguantes. Será difícil rastrear esta noche. Las canteras son sitios peligrosos.

—¿Podríais prestarnos una sonda robot?

Bini negó con la cabeza.

—Las sondas robot son ilegales. Los Absolutos siguen utilizándolas, claro. Nosotros no.

Qui-Gon se dio cuenta de que no tenía elección. Se levantó reticente.

—¿Podría pasar la noche en el centro médico? No quiero que Obi-Wan esté solo.

—Lo organizaré —prometió Yanci.

—Y Eritha puede dormir en mi unidad —dijo Bini.

—Es sólo un día más —dijo Yanci.

Pero un día más podía significar todo. No podía arriesgar la salud de Obi-Wan. Qui-Gon aplazó la decisión hasta la mañana siguiente. Si Obi-Wan no había mejorado para entonces, consideraría la opción de marcharse solo y dejar a Eritha con él. No era una decisión que le agradara en absoluto.

Y cuando la cacería comenzara de nuevo, no tendría la sonda robot. Tendría que seguir a Balog por su cuenta. Tardaría más. Y quizá no lo consiguiera.

Tahl estaba cada vez más y más lejos.

Sé fuerte, Tahl. Me entregaste tu vida. Yo te di mi corazón. Sabes que te encontraré.

Ccpíiu

Capítulo 11

Oui-Gon acababa de ser ordenado Caballero Jedi, y Yoda le sugirió que era hora de que tomara un padawan. Qui-Gon decidió salir en una última misión mientras lo pensaba. Nunca hacía nada precipitadamente. Tenía un padawan en mente, y le resultaría más fácil evaluarle sin estar en el Templo.

Paró en Zekulae, mientras esperaba el transporte. Era un mundo estéril, apreciado por su oscura y espesa arena, rica en minerales y llena de cristales azules. La tierra era tan fina que a los pocos días se le había metido por todas partes: el pelo, la boca, las botas... Qui-Gon se dio cuenta de que sus meticulosos razonamientos sobre el futuro se habían convertido en el ansia de darse una ducha.

Se detuvo en una cafetería para tomar un refresco. Se lo bebió de un trago, contemplando a los lugareños. Zekulae no era un sitio muy peligroso, pero había que tener cuidado. El Gobierno tenía una actitud relajada en lo referente a las normas y las leyes. Las disputas solían arreglarse con puños o con armas láser.

De repente empezó una pelea a sus espaldas, entre dos seres que jugaban al sabacc. Uno de ellos era un nativo de Zekulae, y el otro estaba oculto por una columna. El zeku se levantó, soltando las cartas.

—Qué raro que te enfades tanto, cuando soy yo el que está siendo engañado —dijo una voz ronca.

Qui-Gon conocía la voz, aunque había cambiado. Llevaba años sin oírla. Era más profunda, más áspera de lo que recordaba.

Tahl se levantó de la mesa. El esperó, contemplándola, como todos los demás. Ella atraía la atención. Qui-Gon desconocía qué misión la había llevado hasta allí. Y quizá no fuera seguro que la vieran hablando con un Jedi. Tahl llevaba una túnica y botas de viaje, y el sable láser oculto.

El zeku se llevó la mano al cinto, pero no tuvo ocasión de sacar su arma. En un segundo, Tahl alargó la mano y le desarmó, empujándole al mismo tiempo por el hombro y obligándole a sentarse de nuevo. Sin soltarle el hombro, recogió unos cuantos créditos de la mesa.

—Dejémoslo en tablas —dijo ella—. Y te invito a una copa. ¿Te gustaría vivir para ver el atardecer?

El asintió con el rostro contraído por el dolor. Ella llamó al camarero.

—Ponle algo especial a mi amigo.

Ella se guardó los créditos en la túnica, dejó al zeku y se marchó. Nadie movió un dedo. Nadie dijo nada. Todos contemplaban a la mujer que combinaba elegancia y peligro pasar a su lado como si nada.

Qui-Gon también la contempló, admirando su valentía y su garbo. Se quedó atónito ante su belleza. Sus preciosos ojos y la fortaleza de sus rasgos se habían hecho dramáticos e impresionantes con la madurez.

Entonces, ella lo vio, y su rostro perdió su severa compostura. Se acercó a su mesa y se sentó mientras las conversaciones se retomaban a su alrededor. El incidente había terminado.

—No puedo creer que seas tú —dijo ella—. Ha pasado tanto tiempo.

—Demasiado.

—Sólo tengo un minuto —dijo—. Estoy en una misión.

¡Sólo un minuto, y llevaban años sin verse!

—Así que cuéntame todo lo más rápido que puedas —le dijo ella, riendo—. Tienes buen aspecto. He oído que te ordenaron Caballero.

—Como a ti —dijo Qui-Gon—. Estoy pensando en tomar a un padawan. Yoda me ha pedido que lo considere.

—¿ Tienes algún candidato ?

—Xánatos.

Ella asintió lentamente.

—Tiene talento, pero yo me lo pensaría mucho. No sé si realmente te conviene.

—¿Llevo años sin verte y lo único que se te ocurre es darme consejos? —bromeó él.

—¿Hay alguien en la galaxia que te comprenda mejor? —respondió ella, sonriendo.

—Nadie —admitió él—, pero en eso te equivocaste. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando nos despedimos?

La sonrisa de ella se tornó más cálida.

—Me alegro —dijo Tahl—. Me alegro de haberme equivocado con respecto a eso. Y me alegro de seguir siendo la más lista. Y jamás nos despedimos, ¿recuerdas?

Se quedaron en silencio durante un rato, recordando el Templo, los días en los que habían estado ansiosos por convertirse en Caballeros Jedi. Entonces no sabían lo difícil que resultaría. Ni lo profundamente gratificante, al mismo tiempo. Sí, una vida de sacrificio le iba. Ya Tahl también, eso era obvio. Y tener esa conexión tan fuerte ahora, a pesar de haber pasado tantos años, era algo especial.

—Me tengo que ir —dijo ella en voz baja—. Te veré pronto. Las misiones pueden ser cortas, ya sabes.

Él sonrió, recordando a la nerviosa y joven Tahl que le había dicho eso mismo con tanta seguridad hacía años.

Ella se levantó. No dijo adiós. El sabía que no iba a despedirse, como tampoco saludaba nunca. Con una última sonrisa, salió de la cafetería sin mirar atrás.

***

El atardecer llegó rápidamente. Qui-Gon fue a ver a Obi-Wan y vio que estaba en meditación profunda. Salió sin hacer ruido, alegrándose por su padawan. Obi-Wan estaba concentrándose en curarse. Quizás estuviera listo para viajar por la mañana. Qui-Gon no cuestionaba la capacidad de diagnóstico de Yanci, pero ella nunca había tratado a un Jedi.

Qui-Gon paseó por el asentamiento de los Obreros Mineros, aspirando la fresca brisa de la noche. Estaba impresionado con el diseño y la organización del campamento. Y se dio cuenta de que, a pesar de la dificultad del trabajo en la cantera, los Obreros habían conseguido vivir una vida agradable. Se cuidaban los unos a los otros, y a los más jóvenes. En otras circunstancias, quizás hubiera disfrutado aquella breve estancia, pero en ese momento lo único que quería era ponerse en marcha.

Se encontró con Yanci, Bini y Kevta sentados junto a una casa, y le saludaron con la mano.

—Estábamos contemplando las estrellas —dijo Kevta—. Ahí fuera la vida es muy difícil, pero yo intenté trabajar en la ciudad. Y no pude con ello.

—Me alegro de haberme encontrado con vosotros —dijo Qui-Gon, sentándose junto a ellos—. ¿Os importa que os pregunte sobre las incursiones? Quizá nos ayude a encontrar a los Absolutos.

—Te diremos lo que sepamos —le dijo Kevta.

—Creo que voy a ver si Eritha se ha instalado ya —dijo Yanci, levantándose—. Bini y Kevta son los verdaderos estrategas aquí —Qui-Gon vio que su mano acariciaba el hombro de Kevta. Él le dedicó una sonrisa mientras ella se iba.

Qui-Gon hizo muchas preguntas a Bini y a Kevta. Escuchando los detalles y el poco seguimiento que habían hecho los Obreros Mineros, fue capaz de trazar un patrón en la dirección de los ataques.

Les dejó a solas y volvió caminando lentamente al centro médico. Sin saberlo, Bini y Kevta le habían dado buenas noticias. Los Jedi no tenían que regresar a sus últimas coordenadas. Podían seguir a Balog desde un punto a unos pocos kilómetros del asentamiento Obrero. Si Balog se dirigía al campamento Absoluto, tendrían que encontrar algún rastro de su ruta. Y sólo había unas pocas posibles a través de los cañones.

Aunque, claro, todo dependía de si Balog se dirigía o no al escondite secreto de los Absolutos.

Era un riesgo que tenían que asumir.

Qui-Gon fue a ver a Obi-Wan, que ya estaba profundamente dormido. Qui-Gon necesitaba hacer lo mismo. Llevaba días sin dormir. Tranquilizó su mente, dejando que el sueño llegara poco a poco. Sabía que tenía que aplicarse al máximo, pero su cuerpo le dijo que necesitaba descansar.

Y durmió, pero sus sueños fueron vividos e inquietantes. Una vez más se vio en la cafetería de Zekulae. Su corazón se aceleró al oír la voz de Tahl. Se apresuró a saludarla. Pero su mirada estaba inerte y sus ojos eran de un color negro apagado. Qui-Gon se dio cuenta de que ella no podía moverse ni hablar.

Se despertó sobresaltado, con el corazón latiendo a toda velocidad. Estaba oscuro todavía, pero el amanecer estaba cerca. Bajó inmediatamente las piernas del colchón y fue a ver a Obi-Wan. Su padawan pareció darse cuenta de que le estaba mirando. Abrió los ojos lentamente y se despertó sin remoloneos.

Tanteó los músculos de sus piernas, estirándose bajo la manta térmica.

—Mejor —dijo.

Bajó las piernas de la cama.

—No te esfuerces —dijo Qui-Gon—. Yanci opina que necesitas un día más.

Obi-Wan salió de la cama, apoyando una mano en la pared para no perder el equilibrio. Caminó por la estancia.

—Mucho mejor —dijo—. Estoy preparado para viajar.

Qui-Gon escudriñó a su padawan para asegurarse de que estaba diciendo la verdad. Sabía que la preocupación de Obi-Wan por continuar avanzando podía superar a su preocupación por sí mismo. Pero tenía buen color, y no había ni rastro de dolor en su cara. Andaba un poco rígido, pero con firmeza.

—A ver qué dice Yanci —dijo él.

Cuando Yanci llegó con los desayunos de Qui-Gon y Obi-Wan, le sorprendió la recuperación de Obi-Wan.

—Creo que soy todavía mejor de lo que pensaba —dijo ella alegremente—. No veo razón para que no viajes, Obi-Wan. Pero intenta descansar la pierna siempre que puedas, y esta noche vuelve a aplicarte el bacta.

Qui-Gon dejó a Obi-Wan terminándose el desayuno mientras Yanci metía algunos medicamentos en el botiquín del muchacho. Los soles apenas eran un atisbo naranja en el horizonte, mientras Qui-Gon avanzaba rápidamente hacia los deslizadores. Tenían que repostar antes de salir. Cada momento era vital. Y tenía que despertar a Eritha. En parte quería dejarla dormir, para que no fuera con ellos. Sabía que ella insistiría en acompañarlos, y le preocupaba su seguridad. Tahl era su principal preocupación. Proteger a Eritha iba a suponer una distracción que no les convenía. Pero si no la despertaba, ella iría tras ellos, no cabía duda, y quizás eso traería más problemas.

Para su sorpresa, encontró a Eritha junto a los transportes.

—Qué pronto te has despertado —dijo él.

Ella dio un respingo.

—Qué susto.

—Obi-Wan está mejor.

Ella asintió.

—Ya sabía yo. He venido para comenzar a repostar. No quería que os fuerais sin mí.

—Consideré esa posibilidad —dijo Qui-Gon—, pero luego recordé lo cabezota que eres.

—Es un rasgo de familia —dijo Eritha, titubeante—. Tahl es importante para mí, Qui-Gon. Haría cualquier cosa por ella. Prometo no retrasaros.

—Te tomo la palabra —dijo él.

Terminaron de repostar en amistoso silencio, y Obi-Wan se unió a ellos. Las estrellas habían desaparecido, pero el cielo seguía gris cuando se despidieron de Bini, Kevta y Yanci.

Qui-Gon les dio las gracias por su amabilidad, pero su mente ya estaba puesta en el día que tenían por delante. El rastreo no iba a ser fácil.

—Os deseamos suerte en vuestra búsqueda —dijo Bini.

—No fuerces mucho tu pierna —dijo Yanci a Obi-Wan.

Obi-Wan le dio las gracias y alzó la pierna, un tanto incómodo, por encima de la silla de su barredor. Eritha encendió los motores y Qui-Gon tomó la delantera. Despidiéndose con la mano, salieron del campamento.

Qui-Gon se dirigió hacia las coordenadas en las que los Obreros Mineros habían perdido al equipo de ataque Absoluto la última vez que les habían perseguido.

—Tenemos que encontrar una prueba de que Balog también se dirigió hacia aquí —dijo a Obi-Wan—. Los Mineros piensan que los Absolutos tomaron la ruta a través de los cañones. Balog habría tenido que cambiar de ruta en ese lugar.

—No lo entiendo —dijo Eritha—. El suelo es piedra pura. ¿Cómo puedes ver algo?

Pero el suelo no era sólo de roca, no para un Jedi. Obi-Wan saltó del barredor y comenzó a buscar junto a Qui-Gon, en círculos cada vez más amplios. Qui-Gon se dio cuenta de que su pada-wan estaba teniendo problemas con la pierna, pero se centró en la tarea.

Obi-Wan encontró la primera pista. Al principio creyeron que era una mera decoloración en la piedra, pero cuando la examinaron con más cuidado comprobaron que era un rastro del motor de alta velocidad de Balog. Y lo habían reconocido.

Qui-Gon se agachó sobre las marcas de la roca.

—Buen trabajo, padawan. Balog va hacia el Oeste. Mira el rastro de combustible. Por ahí —Qui-Gon señaló a unas rocas a lo lejos. Más allá, la encontraría. Podía sentirlo. De repente, la presencia de ella comenzó a latir en su interior como un corazón.

Eritha le miró, asombrada e impresionada.

—Recordadme que nunca intente esconderme de vosotros —dijo ella.

Volvieron a ponerse en marcha. Sin ayuda de la sonda robot, iban más despacio. Tenían que desmontar una y otra vez para comprobar si estaban avanzando. A mediodía encontraron el campamento en el que Balog había pasado la noche.

—Se ha ido esta mañana —dijo Qui-Gon con calma, escudriñando la roca plana en la que Balog había colocado la unidad de condensador para calentarse. Vio marcas de una hoguera y huellas de botas en el barro de los alrededores—. Estamos cerca —su mirada era fiera cuando alzó la cabeza. Miró más allá de Obi-Wan, al paisaje abrupto—. Muy cerca.

Obi-Wan y Qui-Gon escucharon el ruido del transporte al mismo tiempo. Se giraron hacia el lugar del que procedía.

—¿Qué es eso? —preguntó Eritha.

El puntito en la lejanía creció rápidamente y se convirtió en Yanci, con la melena cobriza flotando en el viento mientras conducía su barredor a máxima velocidad en pos de ellos.

—Algo va mal —dijo Obi-Wan.

Yanci se detuvo tan rápidamente que casi volcó el barredor. Se quedó flotando junto a ellos.

—Os necesitamos —dijo, jadeando sin aliento—. Un ataque..., una incursión masiva... Nunca habíamos visto nada igual.

Flexionó la cintura para recuperar el aliento.

—Esta vez están intentando destruir todo el campamento —dijo al cabo de un momento—. Están matando a todos los que pueden. Utilizan pequeños explosivos y armas láser. Hemos reunido a los que hemos podido y hemos plantado un fuerte en las afueras del campamento. Tenemos algunas armas. No muchas.

Eritha se llevó las manos a las mejillas.

—Esto es terrible. Tenemos que hacer algo.

—Claro que iremos —dijo Obi-Wan.

—Padawan —dijo Qui-Gon—. Tengo que hablar contigo —se giró hacia Yanci—. Un momento, por favor.

Obi-Wan desmontó del barredor y se unió a Qui-Gon a poca distancia, donde no podían ser oídos.

—Tenéis que regresar con Yanci —le dijo Qui-Gon—. Yo sigo. Estamos demasiado cerca de Tahl para dar la vuelta ahora.

Obi-Wan lo miró, atónito. Qui-Gon comprendió cómo se sentía. Los Obreros Mineros necesitaban ayuda desesperadamente. Los Jedi tenían que darla. No podía creer que Qui-Gon les diera la espalda de aquella manera. Pero ¿cómo iba a regresar cuando estaba sintiendo la presencia de Tahl, cuando sabía que apenas estaba a unas horas de distancia?

—Es difícil abandonar la búsqueda de Tahl —dijo Obi-Wan—. Pero los Obreros Mineros nos necesitan, Qui-Gon.

—Necesitan ayuda Jedi, es cierto —dijo Qui-Gon. Le puso una mano a Obi-Wan en el hombro—. Y tú puedes dársela. Pero nuestra primera misión es salvar a Tahl.

—Nuestra primera misión es siempre salvar vidas y promover la justicia —dijo Obi-Wan, incrédulo—. Los Obreros Mineros nos necesitan a ambos, Qui-Gon.

—Voy a seguir adelante —dijo Qui-Gon. Su mirada era tan abrupta como las rocas que les rodeaban—. No puedo retroceder ahora —Tahl estaba cerca. Podía sentirla. Y también podía sentir que se le estaba escapando por momentos.

—¿Y qué pasa con Eritha? —preguntó Obi-Wan, bajando la voz—. Si vuelve conmigo, la pondremos en peligro. Y si sigue contigo, no tendrá toda la protección que necesita.

Obi-Wan tenía razón. Qui-Gon se debatió con aquel dilema por un momento.

—Ella irá contigo —dijo él—. Pero antes de que lleguéis al campamento de los Obreros Mineros, déjala en un lugar seguro. Es importante que hagas lo que te digo, Obi-Wan. No hay sitio para ella en esa batalla. Yo vendré en cuanto pueda.

—Maestro —dijo Obi-Wan, clavando la mirada en Qui-Gon—. Esto no está bien. Y lo sabes. Tahl diría lo mismo. ¿Cómo puedes dar la espalda a estas personas?

—Nuestra misión también es importante —dijo Qui-Gon —. Y Tahl... —su voz se desvaneció en el aire, y su mano cayó del hombro de Obi-Wan.

Se quedaron en silencio un instante. Qui-Gon sintió el abismo entre ellos. Su padawan estaba lleno de dudas y confusión. Pero no podía explicárselo, no era el momento ni el lugar. Tendría que retroceder al momento en que había tenido aquella visión en Coruscant, y contarle que todo lo que les había pasado desde que habían llegado a Nuevo Ápsolon había confirmado sus peores temores. Y tendría que contarle a Obi-Wan lo que sentía por Tahl. Era una conversación que tenían que tener en otro momento.

Su padawan parecía tan confundido que él dudó.

—Obi-Wan, no puedo abandonarla —dijo en voz baja. Rogó con la mirada a Obi-Wan que le comprendiera.

Pero no obtuvo esa comprensión. Su padawan negó con la cabeza.

—Te estás equivocando.

Esas simples palabras le dejaron de piedra. Hacía años que Obi-Wan no le contradecía con tanto aplomo. Qui-Gon se sintió arrasado por un sentimiento de inseguridad.

Se dio la vuelta sin añadir palabra y se dirigió a su deslizador.

Capítulo 12

Con una elegancia sorprendente para un hombre de su tamaño, Qui-Gon se subió rápidamente al asiento del piloto, encendió el motor del vehículo y salió disparado.

Eritha corrió hacia Obi-Wan.

—¿Qui-Gon no viene con nosotros?

—Él continúa con nuestra misión —le dijo Obi-Wan—. Nosotros regresaremos con Yanci. Pero tú te quedarás escondida fuera del campamento de los Obreros Mineros. No participarás en la batalla.

Dijo todo aquello de forma automática, con los ojos fijos en el vehículo de Qui-Gon, que se alejaba en la distancia. Se preguntó si Qui-Gon había diseñado un plan de ataque para cuando alcanzaran a Balog. Supuso que sí. Pero Qui-Gon parecía tan determinado, tan obsesionado con encontrar a Balog, que no podía haber tenido tiempo para pensar una estrategia. Obi-Wan había querido preguntárselo, pero no quería insultar a su Maestro. Normalmente, Qui-Gon se tomaba su tiempo para informar a Obi-Wan de lo que le pasaba por la cabeza.

Pero Qui-Gon no había encontrado el momento. Obi-Wan estaba tan confundido como al principio. Y ahora Qui-Gon estaba violando los principios Jedi al ignorar una petición de ayuda desesperada.

Había hablado a su Maestro de forma impertinente, pero no se arrepentía de sus palabras. El tenía razón. Era deber de Qui-Gon como Jedi rechazar sus deseos personales para ayudar a aquellos que le necesitaban.

Obi-Wan ya se había sentido así antes, hacía mucho tiempo, en el planeta de Melida/Daan. Allí había pedido a Qui-Gon que se quedara para ayudar a los Jóvenes. Estaban siendo masacrados por sus propios líderes, por sus padres. Aquel día, Qui-Gon se negó a ayudarle de la misma forma. Y también esa vez, Tahl fue la razón.

Algo en el rostro de Obi-Wan impidió que Eritha articulara lo que estuvo a punto de decir. En lugar de eso, apretó los labios y asintió.

—Haré lo que tú digas.

Aliviado por haber ganado al menos aquella batalla, Obi-Wan señaló a Yanci.

—Qui-Gon tiene que continuar, pero yo voy con vosotros —dijo a la chica—. Tenemos que encontrar un sitio cercano al campamento para ocultar a Eritha.

—Yo conozco un lugar —dijo Yanci, asintiendo.

Echó una pierna por encima de la montura y esperó a que Obi-Wan y Eritha subieran a sus vehículos. Entonces, liderando la expedición, aceleró. Obi-Wan sintió los músculos tensos, y de repente la pierna comenzó a latirle en protesta. Tuvo que esforzarse mucho por conseguir la tranquilidad Jedi necesaria para los momentos previos a la batalla. Qui-Gon y él no habían discutido casi nunca. Desde su ruptura, cuando Obi-Wan abandonó la Orden Jedi, aprendieron a respetar el temperamento y las preferencias del otro. Habían encontrado la armonía incluso en momentos de desacuerdo. Uno de los dos cedía y dejaba que el otro tomara la decisión. Y solía ser Obi-Wan el que dejaba que su Maestro decidiera, como era lógico en un padawan. Pero con el tiempo, Qui-Gon comenzó a permitir a Obi-Wan tomar más decisiones, de la misma forma que le dejó elegir el camino en Ragoon-6 durante su ejercicio de rastreo. Nunca daban por terminado un tema sin llegar a un acuerdo.

Obi-Wan seguía atónito ante la decepción y la ira que aún sentía por la decisión de Qui-Gon. El viento enfriaba sus encendidas mejillas, pero no su intranquilidad.

¿Desestabilizaría su unión aquella disputa? No lo sabía.

Había notado mas distancia entre ellos desde que llegaron a Nuevo Ápsolon. Quizás esto sirviera para alejarles todavía más.

No podía preocuparse por eso, había dicho la verdad; pero el abismo entre él y su Maestro le entristecía.

Obi-Wan intentó alejar de su mente la disputa y empleó su tiempo en concentrarse. Necesitaría una conexión fiable con la Fuerza. Su herida sin duda le iba a frenar un poco, y Qui-Gon no estaría ahí para cubrirle. Tendría que recurrir a la estrategia más que a la velocidad.

Cerca del campamento de los Obreros Mineros, Yanci les hizo un gesto. Giró su barredor y les guió hacia una abertura en la roca. El deslizador de Eritha se coló por la estrecha hendidura.

—Aquí no la encontrarán —dijo Yanci—. Dudo que busquen gente que haya huido. Creo que su objetivo era robarnos los explosivos más avanzados.

—Me pondré en contacto contigo cuando la situación sea segura —dijo Obi-Wan a Eritha.

Ella parecía reticente, pero asintió.

De repente, Obi-Wan sintió una perturbación en la Fuerza. Miró a su alrededor, pero no vio nada.

Yanci salió de la grieta en el cañón, y él la siguió. Echó una ojeada al horizonte y vio el deslizador de Qui-Gon en la distancia, acercándose a toda velocidad.

Obi-Wan hizo un gesto a Yanci y se dirigió a encontrarse con Qui-Gon. Cuando lo hizo, se quedó flotando a su lado.

Qui-Gon le miró a los ojos. En su rostro se veían señales de una gran lucha interna.

—Estaba equivocado, padawan. Gracias por demostrármelo. Mi responsabilidad está aquí. Independientemente de lo que eso cueste —dijo con dificultad.

Obi-Wan asintió.

—Me alegro de que hayas vuelto.

Hicieron rugir sus motores y alcanzaron a Yanci.

—Os voy a llevar dando un rodeo —les dijo—. Cuando me fui, habíamos conseguido resistir en la parte de atrás de la unidad en la que guardamos las provisiones y los explosivos.

No necesitaban precauciones. Dieron el rodeo al campamento. Yanci avanzó más despacio con su deslizador mientras se acercaban a un camino abierto en un estrecho desfiladero.

Obi-Wan intentó oír los sonidos de la batalla, pero sólo percibió el viento.

La tranquilidad era inquietante. Miró a Qui-Gon y vio que su Maestro fruncía el ceño.

Había algo en mitad del camino. Obi-Wan no necesitaba acercarse más para saber lo que era. La profunda perturbación en la Fuerza se lo decía todo.

Yanci cada vez iba más despacio, hasta casi detenerse.

—Es un cadáver —dijo, agitada.

De repente, aceleró y salió disparada hacia delante. Obi-Wan y Qui-Gon apretaron el acelerador para alcanzarla.

Yanci saltó de su barredor en marcha. La máquina siguió avanzando y chocó contra una pared, pero ella no reaccionó. Corrió hacia el cuerpo que yacía en el camino. Su grito fue terrible.

—¡Kevta! —ella se inclinó sobre el cadáver. Con lágrimas corriendo por sus mejillas, Yanci le buscó el pulso. Le colocó las manos en el pecho—. ¡Kevta! —su grito se tornó en lamento, y cayó al suelo, cogiéndose la cabeza entre las manos.

Qui-Gon se quedó pálido. Obi-Wan vio que su Maestro no podía apartar la vista de la escena.

—Maestro —dijo—. Tenemos que seguir, averiguar qué ha pasado...

Qui-Gon asintió muy lentamente.

—Un momento —tenía la voz ronca.

Saltó de su deslizador y caminó hacia Yanci. Se agachó a su lado y le puso una mano en el hombro. No dijo ni una palabra. Dejó que su presencia equilibrara el dolor de ella, hasta que fue capaz de alzar la cabeza.

—Yo lo abandoné —dijo ella con la voz entrecortada—. Él me obligó a irme. Dijo que yo era la mejor con el barredor. Soy la que mejor conoce las canteras. Yo era la única que podía alcanzar a los Jedi. ¡Y lo abandoné!

—Te fuiste porque tenias que salvar a tu pueblo —dijo Qui-Gon.

—Y les fallé. Con Kevta muerto ya no quiero volver a ver el campamento —dijo Yanci, apoyando la cabeza en el pecho de Kevta—. Me quedo aquí. No puedo abandonarlo.

Qui-Gon le apretó el hombro. Entonces se levantó. Sin decir nada, hizo un gesto a Obi-Wan. Los dos Jedi sabían lo que se iban a encontrar. Hallarían la muerte en su camino.

Se adentraron en el campamento. Algunas de las construcciones seguían echando humo por los incendios que habían causado los Absolutos. Había cadáveres por el camino. Aquellos Obreros Mineros seguían agarrados a las herramientas que habían empleado como armas.

Obi-Wan vio a Bini en el suelo. Sus ojos sin vida miraban al cielo. Se arrodilló junto a ella y le cerró los párpados con cuidado.

—Duerme bien —murmuró.

Qui-Gon entró en la escuela. Pasó un rato antes de que saliera.

—Será mejor que no entres —dijo a Obi-Wan—. Los Obreros Mineros intentaron esconder aquí a los niños. Los Absolutos no han dejado ninguno con vida.

Obi-Wan dio media vuelta. Qui-Gon tenía razón. No tenía necesidad de verlo.

El sonido de un deslizador se elevó entre la inquietante tranquilidad. Eritha se acercaba lentamente hacia ellos, mirando a su alrededor, comprobando la devastación. Detuvo su deslizador y desmontó, descompuesta.

—Éste es el tipo de cosas de las que son capaces —dijo ella con la cara cenicienta—. Yo no lo sabía. Alani no puede estar metida en esto. Tiene que saber lo que están dispuestos a hacer.

Continuaron con la sombría investigación, buscando supervivientes. La cantidad de muertos era enorme. No quedaba ni un miembro vivo del campamento.

Cuando dieron media vuelta, vieron a Yanci avanzando hacia ellos. Sus piernas se movían, pero no parecía andar gracias a ellas. Caminaba como un androide, con movimientos articulados y como a espasmos.

—Se han ido todos —dijo—. Ha sido una masacre. No puedo hacer nada. No encuentro a Bini...

—Lo siento —dijo Obi-Wan con amabilidad—. Yo la he encontrado.

Yanci bajó la cabeza.

—Yo estaba celosa de Bini. Ella era muy amiga de Kevta. Qué estúpida fui. Ya nunca podré decírselo —se alejó de ellos y se sentó en el suelo, con la cabeza entre las manos.

—Yanci —le dijo Qui-Gon—, ¿podrías decirnos lo que se han llevado los Absolutos esta vez?

Ella levantó la cabeza.

—Todo —dijo ella, aturdida—. No nos queda armamento.

Qui-Gon asintió. Era lo que esperaba.

—Vamos a buscar pistas —dijo en voz baja a Obi-Wan.

Comenzaron con lo que había sido el objetivo de los Absolutos: las construcciones en las que se había almacenado el arsenal. Aquí era donde había tenido lugar la peor parte de la batalla. Obi-Wan se tragó la repulsión nauseabunda que sintió en la garganta ante las desesperadas posturas de la muerte. Yacían como habían muerto, luchando hasta el final.

Se concentró en la tarea, contemplando el suelo cuidadosamente y entrando en el polvorín. Qui-Gon se agachó y cogió algo entre los dedos. Cuando alzó la mano hacia Obi-Wan, su padawan vio que la tenía manchada de rojo.

—Este barro no pertenece a esta región —dijo—. Los Absolutos lo trajeron hasta aquí. Mira las huellas de las botas. No tienen el mismo dibujo que las botas de los Obreros Mineros.

Obi-Wan se agachó y tomó una muestra del suelo. La metió en un bote que llevaba en el cinturón de utilidades.

—Vamos a preguntar a Yanci. Dijo que conocía las canteras mejor que nadie.

Volvieron con Yanci, y Obi-Wan le mostró el barro. Ella lo tocó con la yema de los dedos.

—Rojo —murmuró—. Yo he visto esta tierra —cerró los ojos. Cuando los abrió, su mirada estaba llena de seguridad—. Sé exactamente dónde se esconden.

Capítulo 13

A los pocos minutos, Qui-Gon, Obi-Wan y Eritha ya estaban en sus vehículos. Introdujeron en sus sistemas de navegación las coordenadas que Yanci les proporcionó.

Qui-Gon miró a Eritha.

—No puedo ordenarte que te quedes. Pero te recomiendo encarecidamente que lo hagas.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no has podido librarte de mí. Y después de ver esto, sería incapaz de abandonar.

Qui-Gon se giró, algo molesto. Sería todo mucho más fácil si no tuviera que preocuparse por Eritha. A pesar de la firmeza de sus palabras, él sabía que la chica no estaba preparada para lo que podrían encontrar.

—El sitio está al Oeste, en unas canteras que llevan años abandonadas. A medida que os acerquéis, los desfiladeros irán estrechándose —les advirtió Yanci—. Tendréis que abandonar los vehículos, incluso el barredor. Sólo podréis ir a pie. Hay un camino, pero estoy segura de que estará vigilado. Ésta es la mejor forma de llegar sin que os vean.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó Obi-Wan, preocupado. Yanci seguía teniendo la mirada ida. Había sufrido tanto que jamás volvería a ser la misma.

—Voy a enterrar a mis muertos —dijo Yanci.

—Me he puesto en contacto con los Obreros de la ciudad

—le dijo Eritha—. Están en camino para ayudarte. Llegarán mañana al amanecer. ¿Estarás bien?

—Estoy con los que quiero —dijo Yanci—. Os deseo suerte en vuestra misión.

Qui-Gon miró hacia otro lado. Se sintió profundamente apesadumbrado. Por primera vez desde que se hizo Caballero Jedi, se sintió incapaz de enfrentarse al dolor de alguien. El dolor formaba parte de la vida, y los Jedi lo sabían mejor que nadie. Qui-Gon conocía todas las formas que podía tener, cómo podía deformarse y convertirse en rabia, en venganza o en un estado de aturdimiento. Hubo momentos en los que el dolor estaba tan

presente que apenas había nada más. Parte de su formación consistió en aprender a ver la alegría de la galaxia que coexistía con el dolor. Recordó que al principio de su vida como Caballero Jedi regresaba a menudo al Templo para sostener largas conversaciones con Yoda. El le había ayudado a ver el equilibrio de la galaxia, al igual que le había enseñado el equilibrio de la Fuerza.

Pero ahora, mirando a Yanci, se dio cuenta de lo que podría pasar. Sus ojos podrían quedarse así de vacíos. Su corazón así de destrozado.

Qui-Gon aceleró el motor. El viento le daba en la cara, haciendo que se le saltaran las lágrimas. Sabía que estaba presionando a la máquina para poder deshacerse de sus temores, y sabía que aquello no era propio de un Jedi. Pero en ese momento, el viento y la velocidad le consolaban más que cualquier sabio consejo Jedi.

***

Ahora que sabían adonde se dirigían, avanzaron a buen ritmo por las canteras. El paisaje era abrupto, con elevaciones y cañones inesperados. Yanci les había advertido que se encontrarían cambios de rasante y enormes charcos de agua tan grandes como lagos.

Llegaron a una zona en la que los desfiladeros se estrechaban y se convertían en hendiduras mínimas en las paredes de roca. Dejaron los vehículos, como Yanci les había indicado, y se adentraron en fila india por los estrechos corredores.

Qui-Gon iba en cabeza. Frente a él vio una línea de cielo y tierra, y supo que pronto saldrían de ahí. Aminoró el paso y se acercó a la abertura.

Frente a él encontró que los desfiladeros se ensanchaban para rodear un gran cañón. A la derecha había un profundo estanque lleno de agua. Estaba rodeado de tierra roja y grandes piedras. La luz del sol bailaba en la pulida superficie del agua. A poca distancia, a la izquierda, vio la oscura entrada de una caverna. No vio movimiento ni señal alguna de vida.

Obi-Wan y Eritha se acercaron para escudriñar el área.

—Aquí no hay nadie —dijo Eritha decepcionada—. Yanci estaba equivocada.

Obi-Wan habló despacio.

—¿Qué opinas, Maestro? ¿Estamos en el lugar equivocado?

Qui-Gon apeló a la Fuerza. Percibió el aire para ver si sentía vibraciones. Le envió un mensaje a Tahl. *Estoy aquí.*

Recibió una respuesta. Una reverberación. Como una suave caricia en su mejilla. Como un leve suspiro. Algo...

—No —dijo él—. Es aquí.

De repente vieron que la superficie del agua comenzaba a ondularse. Las ondas se volvieron olas. Los dos Jedi se pusieron alerta.

—Estamos perdiendo el tiempo. Volvamos —dijo Eritha.

Los dos Jedi siguieron concentrados en el lago.

—No hay viento —dijo Obi-Wan.

—Exacto —murmuró Qui-Gon.

Una estructura emergió a la superficie. El agua resbaló de su curvada superficie. Se abrió una hendidura de la cual surgió una rampa que se extendió hasta la orilla. Unos segundos después, dos tecnovehículos bajaron por la rampa a toda velocidad, llegaron a tierra y se metieron en la caverna. Desaparecieron en el interior. No vieron a los Jedi.

—Todo está oculto —dijo Qui-Gon—. El campamento no puede verse desde el aire. Qué inteligente.

—Entonces ¿cómo vamos a infiltrarnos? —preguntó Obi-Wan.

—Tendremos que comenzar con la cueva. Creo que los tec-novehículos no pasaron por ningún puesto de control —dijo Qui-Gon, examinando la entrada de la caverna—. No creo que haya sensores en el exterior —se giró hacia Eritha—. Quédate aquí hasta que vengamos a buscarte.

—No. Si os vais sin mí, os seguiré —dijo Eritha con determinación.

Qui-Gon frunció el ceño.

—Entonces quédate detrás de nosotros. Date cuenta de que puedes poner en peligro la misión si actúas con precipitación. Seguirás mis órdenes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Eritha puso cara de desconcierto—. Soy cabezota, pero no estúpida.

—Vale —murmuró Qui-Gon—. Vamonos.

Capítulo 14

Avanzaron sin despegarse de las paredes de piedra y las enormes rocas. Después, sin pensarlo dos veces, recorrieron la corta distancia que les separaba de la entrada de la cueva. Qui-Gon y Obi-Wan buscaron escáneres a medida que se acercaban, pero no vieron nada. Obi-Wan supuso que los Absolutos pensaban que su escondite era tan recóndito que no necesitaban tomar esas medidas.

Se introdujeron en la oscuridad de la cueva, aliviados. Nada más entrar vieron a la derecha un cobertizo donde se guardaban gravitrineos y pequeños deslizadores. Había una caja llena de tec-nochaquetas. Qui-Gon hizo un gesto a los otros, y cada uno se puso una. Eritha se escondió el pelo bajo una gorra y se ensució la cara para que no la reconocieran.

Sintiéndose más seguros, se adentraron en la cueva. Había barras luminosas colgadas de las paredes, emitiendo una luz débil. Se dieron cuenta de que la pequeña entrada de la cueva era engañosa. A medida que avanzaban, los espacios se hacían más amplios y se expandían en la distancia.

—Esto pasa por debajo del agua —dijo Qui-Gon en voz baja—. Es más grande de lo que parece.

Unos Absolutos que vestían las mismas tecnochaquetas se acercaban en dirección contraria. Qui-Gon les saludó con una impersonal inclinación de cabeza. Ellos respondieron de la misma forma y siguieron andando.

Eritha dejó escapar un suspiro.

—Vaya.

—Parece que hay suficientes Absolutos trabajando aquí como para que no se conozcan entre ellos —murmuro Qui-Gon —. Eso es bueno. Obi-Wan, busca dispositivos de alta seguridad en los túneles de salida de la cueva. Podrían indicar dónde se encuentra Tahl.

Obi-Wan podía sentir la tensión de su Maestro. Ya estaban muy cerca. Utilizó la Fuerza para asegurarse de sus percepciones. Nada podía salir mal. Si les capturaban, sufrirían un retraso que podría costar la vida a Tahl.

Se detuvieron frente a un túnel que estaba repleto de equipos informáticos.

—Ésta debe de ser la zona de control técnico —dijo Qui-Gon. Se alejó rápidamente, en cuanto vio que alguien entraba por una puerta de duracero y se ponía a trabajar con los ordenadores.

Siguieron avanzando, encontrándose con otros seres que les saludaron con la cabeza o pasaron de largo, concentrados en sus tareas. Eritha procuró mantener la cara oculta, por si la reconocían a pesar de su camuflaje. Obi-Wan vio un control de seguridad en uno de los túneles secundarios. Se lo señaló a Qui-Gon.

—Vamos a probar —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan contempló la entrada del túnel secundario.

—Hay un escáner de retina a la derecha. Si pasamos, saltará la alarma.

Qui-Gon contempló cuidadosamente los sensores y el escáner de retina.

—Lo han puesto muy bajo —dijo—. Creo que si utilizamos los lanzacables podremos pasar por encima de los sensores sin que se activen. Probablemente no tuvieron tiempo de perfeccionar el sistema. Mira los agujeros que tienen los sensores alrededor; es un trabajo reciente.

—¿Quizá lo hicieron cuando Balog trajo aquí a Tahl? —preguntó Obi-Wan.

—Puede —Qui-Gon se giró hacia Eritha—. Tienes que quedarte aquí, Eritha. Si hay algún problema, avísanos con la señal silenciosa de tu intercomunicador. Volveremos en cuanto podamos. Si viene una patrulla, vete como si tuvieras algo que hacer, y luego da media vuelta. Si escuchas la alarma, escóndete. Quizá no signifique que nos han capturado. Enciende el localizador de tu intercomunicador para que podamos encontrarte.

Eritha asintió.

—Estaré bien.

Obi-Wan se dio cuenta de que a Qui-Gon no le gustaba tener que dejarla atrás, pero no había elección. Contempló a su Maestro apuntando con cuidado, lanzando su cable por los aires hasta clavarlo en el techo del túnel secundario. Activó el lanzador

y se elevó por los aires. Casi se da con la cabeza en el techo de la cueva, pero dejó atrás los sensores y aterrizó en el otro lado.

Obi-Wan esperó tener la misma habilidad que su Maestro. Siguiendo los pasos de Qui-Gon, aguantó la respiración hasta que comprobó que su lanzacables estaba firmemente asegurado. Entonces activó el modo arrastre y el cable tiró de él rápidamente, mientras él trepaba por el abrupto techo. Pasó por encima de los sensores y se adentró en el túnel. Aterrizó junto a Qui-Gon.

Avanzaron a toda prisa. Al final del pasillo encontraron una puerta de duracero encajada en la pared de la cueva. No había paneles de seguridad fuera.

—¿Y ahora qué? Si Tahl está ahí dentro, quizás haya alguien con ella.

Qui-Gon cerró los ojos.

—No la percibo —dijo él en voz baja—. Pero tenemos que averiguar por qué tiene tanta seguridad este túnel, cuando los otros no. Tenemos que entrar.

Activó el sable láser y cortó el duracero, abriendo un agujero lo suficientemente grande como para entrar por él. Qui-Gon se escabulló por la abertura, y Obi-Wan le siguió rápidamente.

Se encontraron en una zona de almacenamiento llena de cajas y bidones. No había rastro de Tahl ni del contenedor de privación sensorial en el que estaba cautiva. En lugar de eso, la sala estaba llena de explosivos. Todas las cajas estaban etiquetadas, demostrando que en su interior se encontraban dispositivos extremadamente poderosos.

—Esto debe de ser lo que robaron a los Obreros Mineros —dijo Obi-Wan.

—Y también hay cosas compradas en el mercado negro —añadió Qui-Gon—. Mira. Ésta es la marca de Mota. Aquí hay explosivos de sobra para saltar la ciudad por los aires.

Obi-Wan miró preocupado a su Maestro.

—¿Qué significa esto?

—Que están preparados para un asalto violento, si es necesario —dijo Qui-Gon—. Pero, ¿a qué viene este cambio de planes? Por lo que sabemos, los Absolutos estaban trabajando para obtener poder a través de la infiltración y el engaño.

Qui-Gon miró rápidamente a su alrededor.

—Vamonos, padawan. Aquí no hay nada que nos lleve a Tahl. Y no me gusta que Eritha esté allí sola.

Por no mencionar el agujero que habían abierto en la puerta blindada, pensó Obi-Wan. En cuanto lo descubrieran, el complejo entraría en estado de alerta.

Volvieron a subir por el túnel hacia la caverna principal. De repente, Obi-Wan sintió una perturbación en la Fuerza. Comenzó a caminar más despacio, igual que Qui-Gon.

No necesitaron ni mirarse. Ambos sabían lo que sentían. Que algo había salido mal.

Se pegaron a las paredes del túnel y avanzaron con cuidado. La cueva apareció ante ellos. Vieron a Eritha rodeada de miembros de seguridad. Obviamente, estaba intentando escapar, pero no podía hacerlo. Miró por última vez, desesperada, hacia el túnel.

Qui-Gon le puso una mano a Obi-Wan en el brazo, indicándole que no se moviera.

—No podemos —murmuró—. En cuanto nos vean harán saltar la alarma. Y quien tenga a Tahl sabrá que hay intrusos en la cueva. No podemos arriesgarnos. Veamos cómo se las arregla Eritha con esto.

Eritha alzó el volumen de su voz, que resonó contra las paredes de la cueva.

—Idiotas, ¿acaso no sabéis quién soy? Soy Eritha, hija de Ewane. Llamad a mi hermana Alani ahora mismo. ¡Estamos ayudando a los Absolutos, idiotas!

—Pero eres una Obrera... —comenzó a decir uno de los guardias.

—¡Soy una patriota! —gritó Eritha—. ¡Dejadme marchar!

—Antes tendremos que hacer unas comprobaciones —dijo el oficial—. Tendrás que venir con nosotros.

—¡No olvidaré esto! —dijo Eritha mientras la colocaban en el centro del grupo y comenzaban a llevársela—. Quiero el nombre de todos. ¡Tendréis noticias nuestras!

—La verdad es que no se ha mostrado asustada —dijo Obi-Wan con admiración.

—Sí, lo ha llevado bien —dijo Qui-Gon mientras se alejaba del amparo de la pared del túnel—. Por desgracia, ahora tenemos que rescatar a dos personas.

Capítulo 15

Oui-Gon y Obi-Wan esperaron un momento y salieron del túnel. Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro estaba alterado por el curso de los acontecimientos. Mantuvieron una distancia considerable entre ellos y Eritha y los guardas, pero sin perderla de vista. Los guardias la llevaron al interior de la cueva, hasta otra entrada en un túnel. Uno de los guardas abrió el panel de seguridad e introdujo un código. Luego acercó el ojo al sensor. Cuando su retina fue escaneada, se llevaron a Eritha en volandas por la entrada, a la profundidad del túnel.

—Quizá tengan ahí a Tahl —dijo Obi-Wan—. Sin duda es adonde llevan a los prisioneros.

—Es muy probable —dijo Qui-Gon. Contempló la entrada del túnel—. Pero esta vez no tenemos tanta suerte. Los sensores están bien colocados. No podremos entrar sin llamar la atención. Si los sensores saltan, podríamos poner en peligro las vidas de Eritha y Tahl. Y los Absolutos no son idiotas. Probablemente sospechen que Eritha no se infiltró sola en la caverna.

—¿Alguna otra idea?

—Creo que sólo podemos hacer una cosa —dijo Qui-Gon —. Necesitamos una distracción.

Volvieron sobre sus pasos, al túnel donde estaban las armas. Utilizando el mismo método, se impulsaron por encima de los sensores y entraron en el túnel sin problemas. Luego corrieron hasta la sala donde se almacenaban los explosivos.

Qui-Gon leyó rápidamente las etiquetas de los distintos bidones.

—Tenemos que tener cuidado —dijo—. Si nos pasamos, derribaremos la cueva. Pero tiene que ser suficiente para crear caos y confusión.

Obi-Wan no era un experto en explosivos. Dejó que Qui-Gon eligiera lo necesario. Qui-Gon le dio un puñado de pequeños explosivos.

—Tendremos que ponerlos lejos de aquí —dijo Qui-Gon —. Si nos quedamos demasiado cerca, podríamos causar una reacción en cadena.

Se metió más explosivos y temporizadores en la túnica.

—Con esto debería bastar. No puede haber heridos, pero tiene que haber confusión. Eso es todo lo que necesitamos. En cuanto encontremos a Tahl y a Eritha nos dirigiremos a la entrada de la cueva.

—¿Y si nos ven? —preguntó Obi-Wan—. Seguro que todos van hacia la entrada.

—Tendremos que conseguir una tecnochaqueta para Tahl. Y contar con el humo y la confusión.

Obi-Wan recordó lo que Lenz e Irini le habían contado sobre la droga que se empleaba para paralizar a los sujetos cautivos en el contenedor de privación. Estaba preparado para el hecho de que Tahl fuera incapaz de caminar o de moverse; pero Qui-Gon no parecía querer tener en cuenta esa posibilidad.

—Date prisa, Obi-Wan. Necesitamos llegar a Eritha antes de que le hagan algo.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon al interior de la cueva. Depositaron una pequeña cantidad de explosivos más cerca de la entrada, y otra en la entrada del túnel de control técnico. Entonces corrieron hacia el cobertizo de los vehículos.

—Programaremos éstas para que salten después —dijo Qui-Gon—. Será una pequeña explosión, pero debería destruir la mayoría de los transportes. Por si acaso nos siguen —cogió otra tecnochaqueta y la escondió dentro de la suya—. Y ahora volvamos adonde se llevaron a Eritha.

Obi-Wan había visto a su Maestro concentrado en algo muchas veces. Pero esto era diferente. Había determinación en su mirada, pensaba cada uno de sus movimientos. Aunque Obi-Wan podía sentir la ansiedad de Qui-Gon, no daba muestras de ello en su forma de hablar o en sus acciones. Parecía totalmente tranquilo. ¿Dónde estaba su desesperación? Obi-Wan admiraba cómo había controlado su Maestro sus sentimientos, y cómo se había adaptado a la disciplina y al propósito. Era el ejemplo perfecto de cómo debía actuar un Jedi.

Estaban a pocos pasos del desvío del primer túnel cuando se produjo la explosión inicial. La cueva se estremeció por un momento, las paredes y las rocas temblaron. Comenzó a sonar una sirena, y, de repente, los Absolutos aparecieron en los pasillos

de la cueva, corriendo desde las distintas entradas y ramificaciones de los túneles.

—¡Es por ahí! -—gritó Qui-Gon. Se dirigieron en esa dirección, y Obi-Wan y él avanzaron un trecho. Dejaron que la gente les siguiera y luego comenzaron a volver sobre sus pasos.

El humo comenzó a flotar hacia ellos. Entonces, Obi-Wan vio una figura aparecer y desaparecer por delante de ellos, entre la nube de humo.

—Creo que es Balog —dijo a Qui-Gon—. Se dirige hacia el túnel de explosivos.

Se pegaron a la pared de la cueva y contemplaron a Balog pasando por el escáner de retina. Se apresuraron a volver al túnel.

—¿Deberíamos seguirle? —preguntó Obi-Wan.

—Esperemos aquí. Sabemos que Tahl no está ahí. Cuando vuelva, le seguiremos —dijo Qui-Gon.

Sonó otra explosión. El humo se acercó hacia ellos.

—Eso debe de ser el centro técnico —dijo Qui-Gon.

De repente apareció Balog, saliendo a toda prisa del túnel secundario. Obi-Wan reconoció su cuerpo rechoncho y musculoso y su andar autoritario. Sin mirar siquiera a los que se dirigían hacia la entrada de la caverna, él tomó el camino contrario.

Qui-Gon asintió, sombrío.

—Cuando se te quema la casa, vas a buscar lo que más valoras.

—¿Qué quieres? —preguntó Qui-Gon.

—Nada de vosotros —dijo Balog con desprecio—. Ya habéis hecho bastante. Habéis encontrado este sitio. Bueno, vuestros aliados Obreros no encontrarán nada aquí cuando lleguen. No quedará rastro. Nada que espiar, nada que robar.

—Has programado el polvorín para que explote —adivinó Qui-Gon.

—Me iré antes de que eso ocurra. Tenemos mucho apoyo en la ciudad. No necesitamos estos seguidores para conseguir lo que queremos.

—Te da igual las vidas que se pierdan en el camino.

—Me importa Ápsolon. Mi Ápsolon —dijo Balog, orgulloso—. No el Ápsolon que quieren los Obreros. Y vosotros, Jedi, os interponéis en mi camino —dio un paso atrás y abrió una

puerta que tenía a sus espaldas y daba a un reducido espacio que contenía un vehículo pequeño con una especie de escafandra en la parte de arriba. Había otra puerta en la pared del fondo, sin duda para que el vehículo pudiera salir al lago. La puerta interior se cerraría y el compartimento quedaría inundado.

—Ahora me voy. Quizá consigáis salir de aquí cuando explote el polvorín, pero lo dudo. Sobre todo porque tendréis que arrastrar a vuestra amiga —Balog señaló a Tahl con la barbilla—. Y creedme, no está en condiciones de caminar. De eso estoy seguro.

Qui-Gon se puso tenso, y se relajó. Hizo todo un esfuerzo de voluntad para absorber su rabia y seguir esperando la abertura.

—Os dejo a vuestro destino —dijo Balog, dirigiéndose hacia su transporte. Sus pequeños ojos oscuros relucieron—. No os mováis, ninguno de los dos. ¿Veis mi dedo junto a este botón? Si intentáis detenerme y perdéis una milésima de segundo, si tropezáis, si me dais un instante, lo pulsaré. Si os acercáis a mí, podría dar un respingo y pulsarlo. Resumiendo, si una de las miles de cosas que podrían salir mal, sale mal, Tahl morirá.

Qui-Gon se abalanzó. Nunca se había movido más rápido ni con más seguridad. Sabía que Balog no llegó a verle, que de repente estaba a unos cuantos metros, y al momento siguiente estaba en el aire, junto a él. Con precisión meticulosa, Qui-Gon bajó el sable láser, cortando limpiamente el dedo de Balog. El transmisor cayó al suelo.

—Creo que no has dado ni un respingo —dijo Qui-Gon.

Aullando de dolor y de rabia, Balog comenzó a andar hacia atrás, hacia el transporte, y echó mano de su pistola láser. Obi-Wan dio un salto adelante, mientras Qui-Gon iba a por Tahl. Otra explosión hizo que la cueva se estremeciera, esta vez con más fuerza que antes. La potencia del estallido estuvo a punto de derribar a Obi-Wan. El contenedor de privación sensorial comenzó a deslizarse. Qui-Gon se abalanzó hacia él y lo cogió en brazos. Lo tumbó en el suelo con delicadeza.

En lugar de atacar a Obi-Wan, Balog apuntó su arma al contenedor de privación sensorial. Qui-Gon ignoró el disparo láser que pasó a centímetros de su cabeza. Sabía que su padawan estaba ahí para rechazarlo. Se inició una cadena de explosiones, y

el barro y el agua se desprendieron del techo de la cueva. Obi-Wan entró corriendo en la habitación de contención mientras Balog se metía dentro del vehículo.

—¡Déjale, Obi-Wan! —gritó Qui-Gon. Comenzó a trabajar con su sable láser, cortando el contenedor de privación sensorial.

Balog abrió la salida. El agua comenzó a entrar en la pequeña estancia, golpeando a Obi-Wan en los tobillos. Su sable láser se apagó.

Qui-Gon tenía otras preocupaciones. La sala no tardaría en inundarse.

—¡Obi-Wan!

El transporte de Balog se puso en marcha bajo el agua, temblando estrepitosamente mientras luchaba contra el impacto del agua que salía por la abertura.

—¡Deja que se vaya! —gritó Qui-Gon—. ¡Tahl se ahogará! —el contenedor de privación sensorial estaba flotando. Qui-Gon mantuvo el sable láser en alto. Si tocaba el agua, también se apagaría. Qui-Gon podía sentir el impulso de la Fuerza de Tahl debilitándose. Tenían que sacarla de allí.

Obi-Wan luchó por ponerse en pie. El agua le llegaba a las rodillas. Sintió que la pierna le dolía mientras avanzaba hacia Qui-Gon, que había abierto una grieta en un lado del contenedor.

—Creo que eso último ha sido el almacén de armamento —dijo Qui-Gon, sombrío—. La cueva podría derrumbarse. Vamos a sacar a Tahl de aquí.

El agua les llegaba ya la cintura. Qui-Gon desactivó el sable láser y se lo metió en el cinto. Desesperadamente, sacó a Tahl del contenedor. Ella no dijo nada; apenas podía mantener la cabeza erguida. Verla tan débil supuso una agonía para Qui-Gon. Avanzaron a duras penas por el agua, hacia el hueco que Obi-Wan había abierto en la puerta.

Cuando se colaron por la abertura, pudieron ponerse en pie. El agua entraba por el agujero, y la puerta estaba comenzando a rechinar por la presión; pero en el túnel el agua apenas les llegaba por los tobillos. Corrieron por la incipiente inundación y llegaron a la zona seca de la cueva. El humo era espeso y ácido, y les quemaba los pulmones. La zona de la cueva estaba desierta.

Qui-Gon puso a Tahl en pie, apoyada contra él, pero las piernas le fallaron. La volvió a coger en brazos y la apretó contra sí. Tuvo que controlar su rabia contra Balog por haberle hecho eso. Lo que ella necesitaba realmente era que él estuviera tranquilo.

—Tahl —dijo él con suavidad—. Vamos a sacarte de aquí.

Una mano se curvó alrededor de su nuca. Sintió el gesto, la mano fría contra su cuello, y se le heló la sangre en las venas. Era el mismo gesto que él había visto en su visión, el gesto que le había indicado lo cerca que ella estaba de la muerte.

Ella sonrió con esfuerzo.

—Es demasiado tarde para mí, amigo mío —dijo ella con suavidad.

Capítulo 17

Sabían que los Maestros Jedi les estaban viendo. Sólo tenían diez años, y eran demasiado jóvenes para que les escogieran como padawan. Pero ellos sabían que pronto llegaría la elección. Algunos estudiantes Jedi habían sido elegidos a la edad de once.

Se llamaba Día de Exhibición, y habían realizado ejercicios frente a los Maestros Jedi. Ejercicios de fuerza, de equilibrio, de resistencia, de escalada, de salto, de natación... Algunas veces se dividían en equipos de dos o de cuatro. Era un juego, pero también era algo serio.

El último ejercicio era una serie de combates de sable láser de entrenamiento. Algunos se realizaban con los ojos vendados. Algunos enfrentaban a un estudiante contra dos adversarios. Qui-Gon ganó todos sus enfrentamientos. Al final quedaron Clee Rhara, Tahl y él. Entonces, Tahl venció a Clee Rhara.

—Creo que eso nos deja a nosotros dos —susurró ella mientras se inclinaba ante él, al principio del combate final—. No te preocupes. No te trataré mal.

Habían estado emparejados en muchas ocasiones. El sabía lo rápida que era ella. Ella sabía lo fuerte que era él. Conocer los puntos fuertes del adversario hacía que el combate fuera todavía más interesante. Qui-Gon se dio cuenta de que luchar contra Tahl podía ser tan cansado como divertido. Porque sacaba lo mejor de sí mismo.

Dieron vueltas por el aire, utilizando cada centímetro cuadrado de las paredes y el suelo. Todos los estudiantes Jedi admiraban las habilidades gimnásticas de Tahl. Ella era capaz de correr por una pared, girar y atacar de frente con un revés que dejaba a su adversario completamente aturdido.

Tahl peleaba con todas sus fuerzas. Qui-Gon admiraba el hecho de que justo cuando parecía que estaba a punto de cansarse, Tahl encontraba fuerzas renovadas. Él no podía compararse con la agilidad de ella, pero sí que podía sorprenderla con su estrategia. Vio los ojos de Tahl brillar por el asombro, y la chica apretó los dientes con determinación, mientras esquivaba los golpes y las respuestas.

El combate no tenía tiempo límite. Sólo acabaría cuando uno de ellos diera el golpe final. El cansancio comenzó a ralentizar sus movimientos, pero no se detuvieron ni cometieron errores. El podía oír el murmullo entre los espectadores, que se preguntaban cuánto tiempo seguirían enfrentándose los dos estudiantes. Percibió la llegada de más Maestros.

La cara de Tahl era una máscara. Estaba completamente inmersa en sí misma, y había sustituido el cansancio por una voluntad férrea. Qui-Gon nunca había estado tan cansado. Los músculos de los brazos se le aflojaban. Las piernas le fallaban, le temblaban. Aun así, no se detuvo ni cometió un error.

Entonces, Tahl se resbaló. Fue sólo un segundo, pero bastó. El suelo estaba mojado por su sudor. Ella se quedó indefensa durante un segundo, y él se echó hacia delante y le quitó el sable láser de una patada. Al mismo tiempo, le acercó el arma. No llegó a tocarla. Jamás le hubiera producido ni el más mínimo corte con el sable de entrenamiento.

—El combate es de Qui-Gon —dijo uno de los Maestros Jedi.

Qui-Gon y Tahl se saludaron con una inclinación. Entonces, se desplomaron juntos en un banco.

—Buen combate —dijo él, jadeando.

—Hubiera sido mejor si yo hubiera ganado.

Él negó con la cabeza.

—¿No te rindes nunca?

Ella se secó el sudor de la frente con una toalla.

—Nunca.

***

Qui-Gon se sintió desorientado, como si estuviera en un sueño. Estaba viviendo dentro de su visión. Su mayor temor le había visitado. Él creía que cuando tuvo la visión se había sentido desesperado, pero la realidad era muchísimo peor.

Tahl tenía los ojos cerrados y estaba apoyada contra él. Él sintió que los músculos de ella no daban para más, y la joven se derritió contra él, como si no tuviera huesos. Jamás había pensado que Tahl podía ser tan delicada entre sus brazos. Él sólo la había conocido fuerte. La abrazó contra su pecho.

—Tenéis que dejarme —susurró ella—. No me queda mucho...

Él agachó la cabeza para hablarle al oído.

—No. No es demasiado tarde. Tú nunca te rindes. La Fuerza sigue contigo. Yo estoy contigo. No puedes dejarme ahora. Ahora no.

—Lo... intentaré, por ti —jadeó ella.

—Qui-Gon, tenemos que irnos —dijo Obi-Wan, desesperado.

Él asintió y dejó que su padawan fuera el primero. Tahl no era una carga. Era muy ligera.

Se habían abierto fisuras en el techo, y el agua se filtraba desde arriba. La cueva estaba derrumbándose lentamente. El agua comenzó a manar del túnel secundario por el que se había marchado Balog.

—¿Crees que llegaremos a la entrada de la cueva? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon contempló el agua que manaba del techo, y el denso humo que tenían delante.

—Lo dudo. Podríamos intentar encontrar otra salida.

—Hay otra... salida —dijo Tahl. Qui-Gon tuvo que inclinarse para escucharla—. Por la base subacuática.

—Yo la he visto —dijo Obi-Wan—. Intentémoslo. Pero, ¿y Eritha?

Qui-Gon dudó un momento.

—Vamos primero a la entrada de la base subacuática —no quería tener que decidir entre la vida de Tahl y la de Eritha. Pero sabía que no podía irse sin buscar a la chica.

Tahl se agitó de nuevo.

—¿Eritha está aquí? No podemos abandonarla, tenemos que... —cada palabra parecía costarle un tremendo esfuerzo.

Qui-Gon le pidió silencio, poniéndole una mano en el pelo.

—No lo haremos.

La cueva había sido evacuada. Otra explosión agitó las paredes, y ellos se tambalearon por la potencia. El techo comenzó a filtrar más agua.

Llegaron al túnel secundario que llevaba a la estructura subacuática. Obi-Wan miró a Qui-Gon nervioso; el agua no

paraba de subir y se arremolinaba a la altura de sus rodillas. Estaba helada.

—El túnel donde tienen a Eritha está ahí delante —dijo Qui-Gon—. Mira ahí primero. Yo me quedaré aquí con Tahl. Si Eritha no está allí, vuelve —si era necesario, sacaría a Tahl de allí y luego volvería a por Eritha. Podía sentir que la conexión de Tahl con la Fuerza se estaba debilitando. Tuvo miedo.

Obi-Wan se dio la vuelta, alejándose, pero en la oscuridad del humo vio de repente una figura que avanzaba entre el agua hacia ellos. Era Eritha, con el pelo trenzado suelto y mojado.

—¡Me abandonaron! ¡Se olvidaron de mí! —gritó ella, prácticamente cayendo en los brazos de Obi-Wan—. Han puesto explosivos. ¡La cueva se viene abajo!

—No pasa nada —le dijo Obi-Wan—. Te sacaremos de aquí.

Él la cogió y la llevó con Qui-Gon. Qui-Gon abrió la entrada de la estructura subacuática. Se metieron por ella rápidamente para impedir que se colara más agua del túnel inundado.

La relativa sequedad del túnel adyacente les tranquilizó. El humo no había entrado, y respiraron con más facilidad. Los Absolutos no habían hecho explotar la estructura subacuática... todavía.

El túnel estaba fabricado con plastiduro blanco, y tenía visores transparentes colocados aquí y allá que dejaban que la luz acuosa se filtrara desde arriba. Lo atravesaron rápidamente y entraron en la estructura principal.

Era obvio que aquel sitio albergaba la mayoría de los centros técnicos. La cueva se había empleado para almacenamiento. Pasaron por una sala tras otra de cabinas de holoarchivos y bancos de ordenadores. Las oficinas estaban vacías. Era evidente que aquella parte del complejo también había sido evacuada.

—¿Crees que Balog también está planeando volar esta parte? —preguntó Obi-Wan a Qui-Gon.

—Posiblemente. Pero quizá no haya tenido tiempo. Tenemos que encontrar la rampa que lleva a la orilla —Qui-Gon

sabía que la orilla del lago quedaba a la derecha. En cuanto encontraran un pasillo principal, les llevaría a la rampa de salida.

Obi-Wan iba en cabeza, con Eritha y a toda prisa. Cuando llegaron al pasillo principal, Qui-Gon se alegró de ver a su padawan girando a la derecha. Se relajó un poco, permitiendo que su padawan guiara la expedición. Se centró en Tahl.

Vio que tenía una pálida vena azul temblando cerca de sus ojos cerrados. Eso le tranquilizó. Sus sistemas vitales seguían operativos, su cuerpo seguía funcionando. La debilidad que él percibía podía ser compensada. Sus sistemas habían estado anulados durante varios días. Le costaría un poco recuperar sus fuerzas. Pero eso era lo único que necesitaba. Tiempo. La abrazó, protector, contra su pecho.

Frente a él, Obi-Wan se detuvo en el control de la rampa. Lo escudriñó.

—Hay un electroscopio —dijo, retirándose cuando Qui-Gon se acercó—. No creo que podamos activar la rampa. Nos verán.

Qui-Gon se agachó y se asomó al electroscopio. Se veía la orilla y la entrada de la cueva. El humo seguía saliendo de la caverna. Los Absolutos se estaban reuniendo en la orilla. Alguien estaba organizando la retirada con los vehículos que quedaban en funcionamiento. Si activaban la rampa, aterrizarían justo en medio de los Absolutos. Obi-Wan tenía razón. Qui-Gon se dio cuenta de que, aunque los Jedi no fueran reconocidos, Eritha y Tahl sí que lo serían. Eritha había perdido su tecnochaqueta. Y Tahl no estaba en condiciones de caminar.

—Tenemos que nadar —decidió Qui-Gon—. Si nos alejamos lo suficiente, podremos pasar de largo aquellas rocas y llegar al desfiladero donde están nuestros vehículos —se detuvo un momento—. ¿Puedes? —preguntó a Obi-Wan—. Tu pierna...

—Puedo —dijo Obi-Wan con firmeza—. Le daré mi respirador a Eritha.

Qui-Gon dejó a Tahl con cuidado en el suelo. No podía sostenerse en pie, así que la tumbó. Se quitó el respirador del cintu-rón de utilidades.

—¿Tahl?

Ella giró la cabeza. A Qui-Gon se le partió el corazón al ver aquella respuesta tan débil.

—Tenemos que nadar. ¿Puedes ponerte el respirador?

Hubo un temblor en la comisura de sus labios. Casi una sonrisa.

—Desde que tengo tres años.

Él sonrió y le puso con cuidado el tubo.

—Cuando lleguemos a la orilla, tendremos que caminar un poco. Yo te llevaré. Nuestros vehículos no están muy lejos.

Ella asintió débilmente. Él sabía que estaba ahorrando energías.

Qui-Gon pulsó la palanca de la salida de emergencia. Eritha se había puesto el respirador de Obi-Wan. Qui-Gon sabía que tendrían que nadar demasiado para Obi-Wan. Su joven padawan era un nadador impresionante, pero la lesión de la pierna le preocupaba.

Salieron por la puerta, que daba a una pequeña cámara. Había un panel en el techo. Lentamente, la cámara comenzó a llenarse de agua helada, y Qui-Gon notó el temblor involuntario de Tahl. Flotaron hasta el techo. Qui-Gon hizo una señal a Obi-Wan, y los dos Jedi cogieron todo el aire que pudieron. El panel se abrió, y salieron nadando.

Qui-Gon no sentía el frío del agua. No se sentía fatigado.

Tahl flotaba entre sus brazos, y él sintió que su esperanza crecía. Nadó junto a su padawan. Ambos vigilaban constantemente a Eritha, y Obi-Wan se paraba adrede para esperarla cuando se retrasaba.

Le empezaron a doler los pulmones. El humo los había debilitado. Qui-Gon miró hacia delante, pero no vio la orilla. No habría ascenso gradual, ya que la cueva se había excavado para ser una explotación minera. Su velocidad se veía mermada por el hecho de que sólo podía utilizar un brazo, pero sus patadas eran potentes y le impulsaban hacia delante.

Finalmente, los pies de Obi-Wan tocaron el suelo. Se puso en pie y les hizo una señal al resto. Qui-Gon también se puso en pie, tomando grandes bocanadas de aire. Obi-Wan estaba haciendo lo mismo.

Mientras recuperaban el aliento, se dirigieron hacia la orilla. Los Absolutos estaban haciendo cola para entrar en los transportes. Nadie los vio mientras recorrían la poca distancia que les separaba de las rocas. Desde allí era fácil colarse por los estrechos pasillos, entre los elevados desfiladeros. El abrupto suelo dificultaba el caminar. A Qui-Gon comenzaron a dolerle los brazos por el esfuerzo de llevar a Tahl. Obi-Wan cojeaba ligeramente, pero seguía siendo capaz de moverse rápido.

—Ya llegamos —dijo Qui-Gon a Tahl. No sabía si ella estaba consciente.

Encontraron los vehículos donde los habían dejado. Qui-Gon se sintió tremendamente aliviado. Su último temor era que los Absolutos los hubieran encontrado.

—Coge mi deslizador, Qui-Gon —le dijo Eritha—. Es más rápido que el tuyo.

—Gracias —Qui-Gon colocó con cuidado a Tahl en el asiento del copiloto.

Se metió en el asiento del piloto y miró a su alrededor. Como siempre, ella podía sentir la mirada de Qui-Gon. Y, como siempre, percibió lo que él sentía.

—Deja de preocuparte tanto —dijo ella lentamente.

—Lo intentaré.

—Estoy recuperando fuerzas a cada minuto gracias a las tuyas.

Él la cogió de la mano y convocó a la Fuerza que flotaba a su alrededor. Y sintió que ella hacía lo mismo, aunque su conexión con la Fuerza era más débil. Pero no pasaba nada. Él le daría la fuerza extraordinaria que necesitaba. Sintió que su poder se combinaba.

Eritha se acercó al deslizador.

—Id directamente a la residencia del Gobernador Supremo —dijo ella—. Yo llamaré para que os estén esperando con atención médica.

Qui-Gon asintió para darle las gracias. Activó los motores.

—Os veré en Nuevo Ápsolon —dijo a Obi-Wan. Se metió la mano en la túnica y dio a su padawan el sable láser de Tahl—. Hasta que el tuyo se recargue.

—Lo protegeré con mi vida —Obi-Wan tragó saliva. La preocupación en sus ojos era por Tahl. Le tocó suavemente el hombro—. Que tengas buen viaje.

Tahl respondió débilmente.

—Gracias por encontrarme, Obi-Wan.

—Que la Fuerza os acompañe —dijo Obi-Wan.

—Ya lo hace —dijo Qui-Gon con confianza, y salió a toda prisa.

Capítulo 18

Todavía les quedaba un largo viaje por delante hasta Nuevo Ápsolon. Qui-Gon no pensaba detenerse. Conduciría lo que quedaba del día y toda la noche. Con la potencia extra del deslizador de Eritha, probablemente llegaría a Nuevo Ápsolon al amanecer.

Tahl se sumió en un profundo sueño. Eso le sentaría muy bien. Qui-Gon cogió una manta térmica y la cubrió con ella. La temperatura cayó, y los soles fueron cayendo por el cielo, derritiéndose por el horizonte en tonos rojos y dorados. Las rocas a su alrededor se tiñeron de rosa. Por primera vez en mucho tiempo, Qui-Gon se fijó en la belleza de las cosas. Y era porque Tahl estaba junto a él, y él quería que ella fuera parte de ello. No la despertó, pero le dijo en silencio: "No me dejes. Nos queda muchísimo por compartir".

Las lunas se elevaron, tres esferas crecientes, delicadas y luminosas. Las estrellas parecían mucho más brillantes junto a la débil luz de las lunas. Qui-Gon activó la cúpula protectora del deslizador y puso la unidad de calefacción. Cuando comprobaba el pulso de Tahl, le chocaba lo fría que tenía la piel. No tenía hambre, pero se tomó una cápsula alimenticia y bebió algo de agua. Todavía tenía mucha noche por delante.

Unas horas después, Tahl se despertó. Se incorporó un poco. *Parece más alerta,* pensó Qui-Gon con alivio.

—Qué frío —dijo.

Qui-Gon tenía calor, pero puso la unidad calefactora al máximo.

—Estamos en plena noche.

—Gracias por todo lo que has hecho —dijo Tahl—. No me gusta que me rescaten. Me enfadé muchísimo cuando me vi de nuevo en esa situación.

—No te preocupes —dijo Qui-Gon—. Tú me has rescatado varias veces. Y sé que volverás a hacerlo.

—Balog quería algo de mí. Por eso me mantuvo con vida.

—No hables. Ahorra energías. Ya tendremos tiempo en Nuevo Ápsolon —dijo Qui-Gon.

—No, tengo que contártelo. Hay una lista de informadores entre los Obreros...

—Lo sé.

—Balog pensó que yo la tenía. Por supuesto, fingí que sabía dónde estaba. Por eso me mantuvo con vida. Pero en el contenedor de privación sensorial tuve tiempo para pensar. ¿Por qué creía él que yo tenía la lista?

—¿Porque estabas de incógnito y podrías haber tenido acceso? —sugirió Qui-Gon.

—¿Y esa razón es suficiente para secuestrarme? —Tahl negó con la cabeza—. No lo creo. Mi identidad no se supo hasta el último momento. Sigo sin saber cómo supieron que yo era una Jedi.

—Quizá fue Alani —dijo Qui-Gon—. Eritha nos dijo que está compinchada con Balog. Quiere hacerse con el puesto de Gobernadora Suprema.

—¿Alani? —preguntó Tahl atónita—. Pero si fue ella la que consiguió infiltrarme en los Absolutos.

—Tenía razones para tenerte allí, supongo —dijo Qui-Gon—. Y cuando dejaste de ser útil, te traicionó.

—Y quizá tenía la esperanza de que yo encontrara la lista —dijo Tahl lentamente. Cada palabra le costaba muchísimo—. Y en caso de haber encontrado la lista, yo se lo hubiera contado a las chicas. Confiaba en ellas.

—¿Recuerdas algo significativo del último día?

La manta térmica se le cayó de los hombros, y Tahl se envolvió de nuevo en ella.

—Tengo mucho frío... —murmuró—. Alguien me ayudó ese último día. Tuve segundos para salir del escondite, antes de que vinieran a por mí. Me encontré con un mensajero llamado Oleg. Era un miembro inferior de los Absolutos. En lugar de delatarme, me ayudó. Me mostró una puerta que empleaban los mensajeros. Cuando le pregunté por qué me ayudaba, me dijo que él también iba a escapar. Los líderes Absolutos le habían llamado para interrogarlo. No sabía por qué, pero prefería marcharse antes de saberlo.

—Mira —dijo Qui-Gon—. Ya se ven las luces de la ciudad.

Seguía oscuro. Las luces de la ciudad en el horizonte parecían fundirse con las estrellas.

—Ya casi hemos llegado —dijo Qui-Gon—. Descansa. Ya hablaremos luego.

La voz de Tahl se debilitaba a cada palabra. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

Amaneció lentamente. El paisaje se fue iluminando. La ciudad estaba cada vez más cerca. Les quedaba poco combustible, pero el ordenador confirmó que llegarían sin problemas.

Tahl siguió durmiendo mientras los soles se alzaban en el horizonte. Los rayos anaranjados iluminaron su cuerpo, arrancando reflejos a su piel, como si fuera la misma de siempre. Qui-Gon sabía que era una ilusión, pero aquella visión le tranquilizó.

Qui-Gon maniobró rápidamente el deslizador por entre las atestadas callejuelas en la mañana. Bajó por el Bulevar del Estado, hacia la residencia del Gobernador Supremo. Cuando se detuvo, una figura bajó corriendo las escaleras hacia ellos. Era el hermano de Roan, Manex.

—Eritha me llamó para decirme que veníais —dijo—. Lo he arreglado para que Tahl tenga los mejores cuidados médicos de la ciudad. Está cerca de aquí. Seguidme —Manex señaló su propio deslizador.

Qui-Gon dudó un momento. Era raro que Manex les hubiera recibido fuera. Eritha les había prometido acceso a su propio centro médico, que estaba en la residencia.

Manex se dio cuenta de sus reticencias.

—Tienes que confiar en mí —dijo a toda prisa—. ¿No os dije que tengo lo mejor de todo? Mi centro médico es excepcional. El equipo médico trabajó con las víctimas de los Absolutos. Tuvieron muchísimo éxito. El médico está al tanto del estado de Tahl. Y puede ayudarla —Manex miró a Tahl, que tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

La mirada de compasión y preocupación en los ojos de Manex, más que sus palabras, convenció a Qui-Gon. Su instinto le dijo que Manex era sincero. Tahl necesitaba la mejor de las atenciones.

—Bien —dijo Manex al ver a Qui-Gon asintiendo. Corrió hacia su deslizador, moviéndose rápidamente para un hombre de su tamaño. Saltó al interior y salió a toda velocidad.

Qui-Gon le siguió de cerca. Manex se detuvo frente a un edificio de piedra gris, a unas manzanas de distancia. Las puertas se abrieron inmediatamente, y salió un equipo médico.

Uno de ellos se inclinó sobre Tahl. Sus ojos se abrieron a duras penas. Aplicó un lector de diagnósticos en su cuello y frunció el ceño al ver los resultados.

—¿Se pondrá bien?

—Haremos todo lo que podamos.

El equipo médico trasladó a Tahl a una camilla con ruedas. Se la llevaron antes de que él tuviera tiempo de tocarle la mano o de decirle que la estaría esperando. Qui-Gon se sentó aturdido en el asiento del piloto, agarrando con fuerza los mandos del deslizador, como intentando no perder el control de sí mismo.

Capítulo 19

Qui-Gon se sentó a la orilla del lago y se quedó mirando al acantilado. La superficie rocosa era totalmente vertical. La pendiente parecía increíblemente grande. Pero casi todo le parecía enorme. Tenía ocho años.

Ya habían ascendido la pared con los lanzacables en clase. Habían aprendido a utilizar el peso de su cuerpo para equilibrarse, y a calcular bien el tiempo. Lo habían hecho una y otra vez. La semana próxima tendrían que hacerlo sin lanzacables y bajo la supervisión de un Maestro Jedi. Sería uno de los ejercicios con la Fuerza.

Sabía que no debería estar pensando en escalarlo solo, pero así era. Qui-Gon quería afrontar los retos que los profesores Jedi planteaban a los estudiantes. Una semana era demasiado tiempo. Y lo cierto es que no estaba tan alto. Era sólo una roca enorme. Había agarraderos para las manos y los pies, aunque él no pudiera verlos. Y, si se caía, caería al lago.

Si le cogían, se metería en problemas. Pero no le iban a pillar. Estaba amaneciendo, y la zona del lago estaba desierta.

Escuchó un ruidito tras él y se dio la vuelta. Era una de sus compañeras, Tahl. Estaba en su clase, pero no la conocía mucho. Era delgada, más pequeña que el resto. Parecía un niño, pensó Qui-Gon. Él no se veía a sí mismo como un niño.

Ella señaló la pared rocosa.

—¿Estás pensando en escalarla?

Sorprendido, estuvo a punto de decir que no. Pero los Jedi no mienten, ni siquiera en cosas pequeñas. "Acostumbrado a la mentira te vuelves", le había advertido Yoda. "Con las cosas grandes fácil se vuelve ser falso, si con las pequeñas falso eres". Así que no dijo nada.

Para su sorpresa, ella sonrió.

—Vamos.

Al ver que él dudaba, ella añadió:

—Te apuesto a que llego arriba antes que tú.

Ella corrió y se lanzó hacia la pared rocosa, agarnando el primer saliente. El se lo pensó un instante, sorprendido por la

forma tan enérgica con la que ella se había abalanzado. Entonces, Tahl pareció fundirse con la pendiente. Esperó hasta que Qui-Gon echó a correr y se reunió con ella.

Era más difícil de lo que él había pensado. Eos asideros que le habían parecido tan firmes con un cable en el cinto, te parecían ahora increíblemente pequeños. La roca se había convertido en su enemiga. Le resultaba muy difícil mantener el equilibrio. El sudor comenzó a caerle por la cara. Los músculos le temblaban por el esfuerzo. Se olvidó del desafío de Tahl y se concentró en no caerse.

Ya llevaba tres cuartos de la pared cuando se paró para ver cómo iba ella. Estaban a la misma altura. Ella tenía la cara llena de barro y sudor. Sonreía.

Aquella sonrisa le sirvió de incentivo. Encontró el siguiente asidero, y el siguiente. Dejó atrás a Tahl, y ya estaba a punto de llegar a la cima. Buscó el siguiente saliente, con la cara apretada contra la dura roca.

De repente vio que ella estaba tras él, escalando con toda facilidad. Y le adelantó, alargando una mano hacia la cima. Se alzó por encima del borde, y se sentó, jadeando.

Qui-Gon la siguió, furioso y avergonzado. Ella le había vencido. Cuando se giró hacia Tahl, esperó ver una mirada triunfal. En lugar de eso, vio una mirada risueña.

—¡La he sentido, Qui-Gon! ¡He sentido la Fuerza! —dio una palmada en el suelo, y sus ojos verdes y dorados llamearon —. La roca... era parte de mí. Yo formaba parte de... todo. ¡Incluso del aire! Ha sido exactamente como Yoda dijo que sería.

Ahora Qui-Gon sintió envidia además de vergüenza.

—5/ quieres te digo lo que has hecho mal —le dijo ella, dándole un codazo cariñoso—. Odiabas a la roca. Has luchado contra ella. Y yo también, al principio. Lo que tienes que hacer es amar la roca.

¿Amar la roca? Eso sonaba bastante tonto. Qui-Gon quiso decírselo. Pero en el fondo sabía lo que ella quería decirle. Y, de repente, sintió que no quería herir los sentimientos de la niña.

Tahl se puso en pie.

—Y ahora a por la recompensa. ¡Vamos! —cogió carrerilla, se tiró de un salto por el borde de la pared y cayó en el agua verde y brillante.

Qui-Gon la siguió. Era una caída larga, pero el contacto con el agua era refrescante. Tahl le esperó bajo el agua. Ella sonreía, y Qui-Gon le devolvió la sonrisa. El agua fresca era maravillosa, y había conseguido escalar la roca. La próxima vez lo haría mejor. La próxima vez amaría la roca.

Subieron a la superficie. Tahl se echó hacia atrás la melena oscura. Parecía una criatura acuática, dinámica y ágil.

De repente, ella frunció el ceño.

—Viene alguien —murmuró—. ¿Lo ves? Por el camino.

Qui-Gon no dijo nada. Pero una fracción de segundo después vio que las hojas colgantes se movían, a lo lejos, en el camino.

—Se supone que deberíamos estar meditando —susurró ella.

—Por aquí —dijo él. Nadó hasta la orilla del lago, donde un grupo de rocas podría servirles de escondite.

Esperaron en las sombras, temblando un poco por el agua fría. Escucharon el inconfundible sonido de los pasos arrastrados de Yoda. ¡De todos los Maestros Jedi, tenía que ser Yoda el que les pillara!

Qui-Gon entrecerró los ojos preocupado, pero Tahl parecía a punto de echarse a reír. Qui-Gon le tapó la boca con la mano, y ella le hizo lo mismo.

Yoda pasó por el camino sobre sus cabezas. No respiraron. Pasado un rato, se pusieron en marcha.

Después de que Yoda se fuera, Tahl bajó la mano, y Qui-Gon también.

—Sabes que has estado a punto de ganarme —le dijo ella —. Podríamos ser rivales, pero yo creo que es mejor que seamos amigos.

—Seamos amigos —asintió Qui-Gon. Y lo dijo en serio. El se tomaba en serio la amistad. Y ya sabía que quería ser amigo de aquella niña.

Como si no pudiera contenerse más, Tahl se sumergió en el agua y se alejó nadando. Entonces salió a la superficie,

sacudiéndose el agua. El sol brillaba y los rayos hacían que las gotitas centellearan.

—¡Amigos para siempre! —le dijo ella, salpicándole con el agua—. ¿Vale?

—Vale —dijo él.

Para siempre.

***

Qui-Gon seguía esperando cuando Obi-Wan irrumpió en la pequeña sala de espera del complejo médico, unas horas después.

—¿Hay noticias?

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Siguen con ella.

—¿La has visto?

—No desde que llegamos. Dicen que pronto.

Eritha entró corriendo.

—¿Cómo está Tahl?

—Está aguantando —dijo Qui-Gon—. No sé más.

Eritha caminó de un lado a otro frente a él.

—No entiendo por qué Manex la trajo aquí. Bueno, la verdad es que sí. Él siempre piensa que lo suyo es lo mejor. ¿Dónde está?

—Estuvo un rato esperando conmigo —dijo Qui-Gon—. Se fue para atender unos asuntos en casa. Dijo que volvería.

Ella se sentó y juntó las palmas de las manos.

—Odio esperar. Sé que los Jedi no conocen ese sentimiento.

—Nosotros también lo odiamos —dijo Obi-Wan—. Es sólo que se nos da mejor.

No te creas, pensó Qui-Gon. Las últimas dos horas habían sido las peores de su vida.

Eritha esperó unos minutos, y luego se levantó, inquieta.

—Necesito aire. ¿Me llamarás en cuanto sepas algo?

Obi-Wan le aseguró que así lo haría. Se quedó junto a Qui-Gon, en silencio. Qui-Gon sintió la simpatía y la preocupación de su padawan. Se sentía agradecido por su presencia. Era más fácil esperar con alguien. Y sabía que Obi-Wan también quería a Tahl.

—¿Te contó Tahl algo del secuestro? —le preguntó Obi-Wan despacio.

—Balog estaba buscando la lista de informadores, tal y como pensaban Irini y Lenz —dijo Qui-Gon. Resumió a Obi-Wan lo que le había contado Tahl, pero le costó concentrarse en las razones por las que la habían secuestrado. Pero ya habría tiempo para eso, en cuanto pudiera mirarla a la cara y ver que volvía a ser la misma de siempre.

—El mensajero podría ser la clave —musitó Obi-Wan—. Sabemos que la lista fue robada y que podría estar en manos de los Absolutos. ¿Y si se la llevó Oleg? Si vieron a Tahl escapando con él, quizá sospecharon que la tenía ella. Tahl dijo que los líderes Absolutos querían interrogar a Oleg. Al no encontrarle, decidieron coger a Tahl.

Qui-Gon apenas le escuchaba.

—Es una teoría, padawan. Ya veremos.

Las puertas se abrieron, y el equipo médico salió. Qui-Gon y Obi-Wan se pusieron de pie. El médico se dirigió hacia Qui-Gon.

—Sus constantes vitales están disminuyendo. Hemos hecho todo lo que hemos podido. El daño sufrido por sus órganos internos ha sido muy grave. Ahora podéis verla.

Qui-Gon escudriñó la cara del médico.

—Así que se recuperará.

—Los daños han sido graves —repitió el médico. Sus ojos tristes estaban llenos de desconsuelo mientras miraba a Qui-Gon.

—Se recuperará —repitió Qui-Gon. Esta vez había seguridad en su voz.

Pasó por delante del médico y entró rápidamente en la habitación donde tenían a Tahl. Estaba tumbada en la cama. Él hizo caso omiso de las lecturas y los sensores, y la cogió de la mano. Ella giró lentamente la cabeza para mirarle. Él se sintió aliviado al ver que los médicos le habían quitado las lentillas que se había puesto para pasar desapercibida. Echaba de menos ver los preciosos ojos verdes y dorados de Tahl. Y ahora, el rostro que amaba estaba ante él, como siempre había sido. Conocía cada línea y cada curva, cada rasgo, cada suave ondulación.

Le cogió la mano, pero no recibió respuesta. Qui-Gon le pasó los dedos por el brazo para notar su piel. Estaba fría. Muy fría...

Ella abrió la boca. Qui-Gon tuvo que agacharse para escucharla.

—Adonde quiera que vaya, te esperaré, Qui-Gon. Siempre me gustó viajar sola.

—No lo volverás a hacer —dijo él—. ¿Te acuerdas? A partir de ahora iremos juntos. Me lo prometiste —bromeó él—. No puedes echarte atrás ahora. Jamás dejaré que lo olvides.

La sonrisa de Tahl y la ligera presión que ejercía con los dedos parecían costarle un esfuerzo tremendo. Él sintió pánico.

Acercó su cara a la de ella. Apoyó la frente contra la de ella. Sintió su piel fría. Deseó que su propio calor y su energía se transmitieran a la Jedi. ¿De qué le servía ser tan fuerte?, ¿qué sentido tenía, si no podía curarla? Qui-Gon convocó a todo lo que conocía, a todas las cosas en las que creía: a su conexión con la Fuerza, al inmenso amor que sentía por Tahl. Y quiso que se introdujeran en ella y le dieran fuerzas.

Él sintió una leve caricia en la mejilla. Ella le apretó de nuevo la mano. Y él supo que Tahl había sentido todo lo que él quería transmitirle, y que aquello la había ayudado. Nunca se había sentido tan unido a ella, tan cerca de ella. Y si hubiera podido respirar por ella, lo hubiera hecho.

—Que este momento sea el último —dijo ella.

Él sintió que ella tomaba aire, y lo soltaba, con suavidad, contra su mejilla. Pero no volvió a inspirar.

Capítulo 20

Obi-Wan se sentó, con la cabeza entre las manos. De repente, se enderezó. Sintió una perturbación en la Fuerza. De repente, algo faltaba en el aire; una poderosa energía había caído, dejando un vacío.

Cuando oyó el grito en la otra habitación, en principio no supo de quién procedía.

Entonces se dio cuenta de que era su Maestro.

Escuchó ruido de pasos que corrían por el pasillo de la sala de espera. El equipo médico.

Fue rápidamente hasta la puerta y la activó, y siguió a los médicos a la habitación de Tahl.

Dos de los miembros del equipo comprobaban los monitores. Los médicos estaban de pie junto a la cama. El no hizo nada.

Entonces, Obi-Wan se dio cuenta de verdad de que Tahl se había ido.

El equipo médico se apartó de los monitores. Nadie intentó mover a un hombre del tamaño de Qui-Gon, inclinado sobre el cuerpo en la cama. Su dolor era demasiado grande, demasiado íntimo.

Tahl tenía los ojos cerrados y la mano dentro de la de Qui-Gon. Todavía sonreía ligeramente. Él apretaba su frente contra la de ella. Él no movió ni un músculo. No le soltó la mano.

Obi-Wan se sintió desolado por el dolor que percibía en aquella habitación. La propia postura de Qui-Gon le indicaba que estaba sintiendo una agonía tan inmensa que Obi-Wan no podía ni imaginársela. La protectora postura de Qui-Gon, la forma en la que reposaba su frente contra la de Tahl. De repente, Obi-Wan se dio cuenta de que no había entendido la profundidad de los sentimientos de su Maestro.

Al verlo claro, su corazón se partió en dos por Qui-Gon.

Dio un paso para acercarse. ¿Cómo podía ayudar a su Maestro? ¿Qué podía hacer?

Qui-Gon se giró. Obi-Wan vio un rostro que había cambiado. Faltaba algo, o sobraba algo, no estaba seguro. Pero ya

no era la cara que conocía tan bien. El dolor la había marcado para siempre. Obi-Wan estaba seguro de ello.

Él sentiría su propio dolor por Tahl. Pero jamás sería como el de Qui-Gon.

Se acercó lentamente a la cama. No sabía qué decir. Nada de lo que había aprendido en el Templo, nada de lo que le había enseñado Qui-Gon, le había preparado para aquello.

Puso una mano en el hombro de su Maestro.

—Déjame ayudarte, Maestro.

Los ojos de Qui-Gon estaban sin vida.

—Nada puede ayudarme ya.

Qui-Gon contempló el cuerpo sin vida de Tahl. Seguía cogiéndole la mano.

—Sólo la venganza.